

La Ilustración Artística

AÑO XXIV

← BARCELONA 23 DE OCTUBRE DE 1905 →

NÚM. 1.243

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Dr. Luis Martin.

Dr. Behring.

EL CONGRESO INTERNACIONAL DE LA TUBERCULOSIS.

EN EL PARQUE DEL SANATORIO DE MONTIGNY. — EL DR. BEHRING HÁBLANDO DE SU DESCUBRIMIENTO DE UNA VACUNA CONTRA LA TUBERCULOSIS CON EL DR. MARTIN, COLABORADOR DEL DR. ROUX Y DIRECTOR DEL INSTITUTO PASTEUR. (De fotografía.)

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *Escultores de almas* (*Boceto para una comedia*), por el Bachiller Corchuelo. — *El Congreso de la Tuberculosis*. *El descubrimiento del Dr. Behring*. — República Argentina. Buenos Aires. Exposición «Vila y Prades» en el Salón Witcomb, por Justo Solsona. — *La agitación en Rusia*. *El estado de sitio en Bakú y en Tiflis*. — Soignies. Bélgica. Monumento al Trabajo. — *Los restos del general Kondratenko a bordo del «München»*. — Concurso gimnástico en el Vaticano. — *Ranavaloa, ex reina de Madagascar*. — *Bellas Artes*. — *Espectáculos*. — *Problema de ajedrez*. — *Una cadena*, novela ilustrada (continuación). — *La caricatura en España*. Tur. *Karikato*. Cilla, por Manuel Carretero.

Grabados.— *El Dr. Behring hablando con el Dr. Martin en el Parque del Sanatorio de Montigny*. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *Escultores de almas*. — *Tarantilla*, escultura de Héctor Ximenes. — *Julio Vila y Prades*. — *Arroyo de Tapalqué*. — *Guachos*, cuadros de Julio Vila y Prades. — *El estado de sitio en Bakú y en Tiflis*. — *Monumento al Trabajo*, obra de Grandmoulin. — *Los restos del general Kondratenko*. — *Concurso gimnástico en el Vaticano*. — *El voto*, cuadro de Chartrán. — *Juana Meyer en el papel de Astarté del «Manfredo» de Byron*, retrato pintado por Gabriel Max. — *Ranavaloa, ex reina de Madagascar*. — *Vicente Tur*. — *Karikato*. — *Cilla*. — Caricaturas de los tres mencionados artistas. — *El nuevo Teatro Municipal de Nuremberg*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Desde que *La Quimera*, mi última novela, empezó a pasar de la imprenta a la librería y de ésta al público, doy en creer que el sentimentalismo no ha muerto completamente en nuestra época de automovilismo, aerostación, *foot ball* y *cake walk*.

Por otra parte, y antes de explicar lo que acabo de escribir, conviene que advierta que siempre dudé que la diferencia entre las costumbres de unas y otras épocas modifique lo íntimo del sentir. Hay sentimientos fundamentales que no desaparecen al influjo de los hábitos sociales; lo que hacen es esconderse levemente avergonzados, metiéndose más adentro y por consiguiente adquiriendo, al menos en naturalezas reconcentradas, mayor energía. Hoy no se va al teatro a desmayarse, con el frasco de sales en la bolsa y el pañuelo de encajes asido para la primera ocasión húmeda; pero no por eso deja de abrir surco en la sensibilidad el teatro, ni los nervios de responder al conjuro del arte. Y si se leyese más de lo que se lee, también los libros tendrían eco, sordo ó sonoro, en las almas de la actual generación.

Se me ocurre todo esto que voy ensartando a cuento de haber recibido dos ó tres cartas de letra de mujer, fina y menuda (mis *inconnues* no deben de ser del número de estas señoritas que gastan una caligrafía completamente masculina, grande y alta), en que se me descubre vivo interés, no por mi labor literaria, sino por mis héroes y personajes. Las cartas están llenas de interrogaciones. ¿Existieron realmente todos los que salen allí á relucir? ¿Quién fué Clara Ayamonte? ¿Qué hay de verdad en el episodio de sus amoríos? ¿Acabó efectivamente encerrándose en un convento? ¿Y Silvio? ¿Le sucedió esto, aquello y lo de más allá? Envuelto en la curiosidad, la simpatía: frases de compasión, lamentaciones por su temprana muerte...

Si es permitido contestar desde aquí, y colectivamente, á quienes me escriben revelando un alma piadosa, les diré que sin duda es triste la historia de Silvio, y que además de triste, es verdadera; pero que la antigüedad, fértil en sentencias profundas, no nos ha legado—como observa Eduardo Rod en su reciente novela *El Indócil*—ninguna tan honda como esta: «¡Muere joven aquel á quien los dioses aman!»

En la vida de cada mortal hay un instante y hay un fin esenciales, valederos, y el resto de lo que ese mortal dice, hace y piensa tiene valor secundario. En Silvio Lago fué sin duda alguna su Quimera lo que tuvo alto sentido é intensa vibración. Yo creo que á Silvio no le faltaban fuerzas y aptitudes para encarnarla en la realidad; pero quién sabe si, como otros muchos artistas, aun consiguiendo fama y honra, no llegaría á obtener el triunfo de la Quimera, eso que sólo contados soñadores ven logrado? El interés de la personalidad de Silvio era, ó yo me engaño, lo ambicioso de su insaciable aspiración artística. Por esa aspiración sintió el soplo de lo infinito acariciar sus demacradas sienas, y por esa aspiración su espíritu voló tan lejos... Es frecuente el espectáculo doloroso de la transacción del artista con la necesidad y la materia. El artista cree que ha soñado gloria, cuando lo que ha soñado es únicamente ventajas, distinciones, provechos, conveniencias. Pues bien: Silvio Lago soñaba gloria pura y sin mezcla;

Silvio Lago no se engañaba á sí mismo. Esta afirmación puede demostrarse con la observación más sencilla: las ventajas, distinciones, conveniencias y provechos, para Silvio estaban conseguidos ya, por el fácil camino del retrato elegante, cada día mejor pagado, según se difundía la fama y se perfeccionaba el procedimiento. Así es que (contra la opinión de mi amigo el Sr. Villegas, que me puso á Silvio de hoja de perejil), yo sostengo que no hubo soñador más generoso y sincero, y que las nueve décimas partes de los que se viesen en su caso, se darían por satisfechísimos, y si no renunciaban á la Quimera del todo, cuando menos se avendrían á esperar el ideal sentados cómodamente.

Así hube de decirselo algunas veces, compadecida (aunque encontraba hermoso aquel afán) de lo que consumía el alma y el cuerpo del joven pintor. Como el héroe griego, al elegir entre la vida larga y descansada ó la breve y gloriosa, Silvio había optado (instintivamente, yo no digo que esto fuese una operación reflexiva) por la segunda. No sabría que iba á morir pronto; pero ante la perspectiva de dejar una huella de luz, era capaz de aceptar, á semejanza del rubio hijo de Tetis, la bajada rápida al Orco entre las sombras. Y este es el sello de la Quimera: poder más que el inferior instinto de conservación.

* *

Sin duda alguna estas aspiraciones que no se cifran en nada positivo y material, ennoblecen á nuestra mísera estirpe, á quien el poeta florentino llamó «la mala simiente de Adán.» Hay de éstas aspiraciones individuales, y las hay colectivas. Citaré un ejemplo: la del pueblo de Alcázar de San Juan, que no renuncia á la prez de haber dado cuna á Miguel de Cervantes (y no de *Carvantes*) Saavedra. La nutrida bibliografía que sobre tal asunto va formándose, acaba de enriquecerse con un folletito que destaca, sobre mi mesa, su cubierta amarilla, exornada con el retrato del autor, D. Antonio Castellanos. Es una sátira del discurso de D. Manuel de Foronda, en la Sociedad Económica Matritense, con motivo del Centenario del *Quijote*.

El discurso de Foronda abogaba por Alcalá de Henares; el folleto de Castellanos, por Alcázar de San Juan; y como siempre, el caballo de batalla son las famosas partidas de bautismo del escritor gloriosísimo, que existen en sendas iglesias parroquiales de ambos pueblos. Examinadas y atacadas las dos con argumentos que no carecen de fuerza, yo confieso que encontraría más persuasiva la de Alcázar de San Juan, si no resultase al admitir su autenticidad como documento biográfico del autor del *Quijote*, que éste asistió á la batalla de Lepanto en edad muy temprana para las faenas de la campaña.

Me arredra, sin embargo, de profesar una opinión cualquiera en este discutido é intrincado punto de historia literaria, el notar que ha adquirido el carácter de una de aquellas reñidas «guerras de pluma» que en el siglo XVIII daban lugar á tremendas diatribas (no siempre jocosas, como aquella suscitada entre el doctor D. Liberio Fernández de Sedano, D. Narciso Topete de Valdivia y Silvestre Camisola de Catacubas, que redactó D. Bartolo Chiflatarjas, y en la cual, si no se apuraron puntos de letras, se debatió lo que hoy sigue debatiéndose: la utilidad y conveniencia de que haya monasterios y órdenes religiosas).

Las diatribas motivadas por la incerteza del lugar donde nació Cervantes, van agriándose hasta el extremo de que en ellas se empleen los calificativos de libelistas, impostores, falsarios, con otras severidades de estilo. Y por eso, y por falta de conocimiento completo del punto especial que se dilucida, me zafo de él, lamentando que no se averigüe definitivamente dónde nació Cervantes, y esperando el libro que el Sr. Castellanos anunció, con datos y pruebas.

* *

El espeluznante crimen del *Huerto del Francés* está en tela de juicio estos días... No neguemos que los autores son pésimos ejemplares de humanidad; pero tampoco ha de ocultarse que ningún interés inspiran las víctimas. Yo diría que en ese crimen no se ha perdido sino las hechuras, y que entre picaros anda el juego.

Los que encontraron la muerte en el huerto lúgubre, eran fulleros y jugadores de ventaja, que llevaban la sana intención de robar y despojar á sus semejantes. Encontraron con otros semejantes suyos, más desalmados aún, que tuvieron la idea feliz de burlar á los burladores y de remendarles, como se dice en términos de caza, la perdiz. ¿Ellos venían á

robar y despojar? Pues les aguardaba robo, despojo... y asesinato.

Hay crímenes sin moraleja; estos del Huerto la tienen. Revelan además lo ramificado que está el vicio, lo extendidas que se hallan la estafa, la vagancia, las profesiones equívocas y turbias. Seis personas (y no de la más menesterosa y obscura clase social, sino gente acomodada, burguesa) desaparecieron, sin que produjese tan extraño hecho inquietud, sin que, hasta que el último Rejano Espejo, pareció evaporarse, se iniciasen pesquisas en averiguación de su paradero. En la preparación del crimen mediaron cartas, entrevistas, esperas en las estaciones del ferrocarril; el crimen dejó más de un rastro; pero sólo á consecuencia de indicaciones de la prensa y denuncias de una esposa legítimamente alarmada, se resolvió la autoridad á inquirir qué habría sido del ciudadano objeto de la denuncia y de los cinco ciudadanos anteriores, y se cavó en la necrópolis de las conejeras del sangriento huerto.

No fué atentado de los que quedan impunes, sencillamente por codicia de los criminales, que, según las trazas, pensaban seguir ejerciendo indefinidamente su lucrativa caza, hasta acabar con medio género humano, rellenar la tierra de cadáveres y sus bolsillos de dinero. Si hubiesen cerrado la serie con la quinta víctima y pasado al Africa ó á tierra francesa, podrían morir en el pellejo de un honrado (al parecer) almacenista de vinos, tratante en ganado ó tendero de especias, en quien nadie vería á los trágicos acogotadores y sepultureros del siniestro huerto florido...

La mayor parte de los crímenes, por un motivo ó por otro, impunes se quedan, como no sean de esos que se cometen en riña ó en un acaloramiento, esos románticos crímenes pasionales en que el asesino arroja el arma exclamando: «prendedme, yo la maté!» en cuyo caso hay que confesar que el papel de la policía y de los jueces es excesivamente fácil y sencillo. ¡Pero en cuanto existe nada más que un conato de misterio, se acabó! Es vano que corran rumores, que se susurre en el barrio y las comadres señalen con el dedo á los culpados, ó al menos, á aquellos en quienes pueden recaer sospechas con algun viso de fundamento; es inútil que la voz pública señale pistas, pues la policía parece esmerarse en perderlas. Y en un pueblo como el que me ha visto nacer, y que es un activo centro de emigración, los barcos con rumbo á América se encargan de asegurar, para siempre, la impunidad.

Los robos se han hecho tan familiares, tan escandalosos; la seguridad está tan vacilante; la autoridad de la justicia y de sus depositarios va por tierra; su voz y augusto nombre perdieron ya en los ánimos toda autoridad, y el delito y la relajación se mofan de una y otros con insolencia; las provincias se oyen llenas de tropas de bandidos que entran por los pueblos con un arrojo increíble; en la Corte una insaciable disipación atiza todas las pasiones, persuade todos los excesos, disculpa y da calor al mismo delito... ¡Y me detengo!, porque este párrafo, que parece escrito hoy, lo trazó allá por los años de 1798 la elegante y tersa pluma de D. Juan Meléndez Valdés, Fiscal de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte. ¿Verdad que no pasa día ni por la justicia ni por los criminales?

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Hablar mal de los médicos y de las mujeres es el desquite inofensivo de la debilidad que nos pone bajo su yugo.

La tradición es un apoyo; pero es al mismo tiempo un obstáculo.

Buscar en la guerra civil un remedio contra los males de una guerra extranjera, equivale á proponer el suicidio como refugio contra los peligros de un duelo.

Es más fácil reconciliar á dos enemigos ninguno de los cuales tiene razón, que á dos adversarios que la tienen uno y otro.

G. M. VALTOUR.

El que quiere impedir que se diga misa es más fanático que el que la dice.

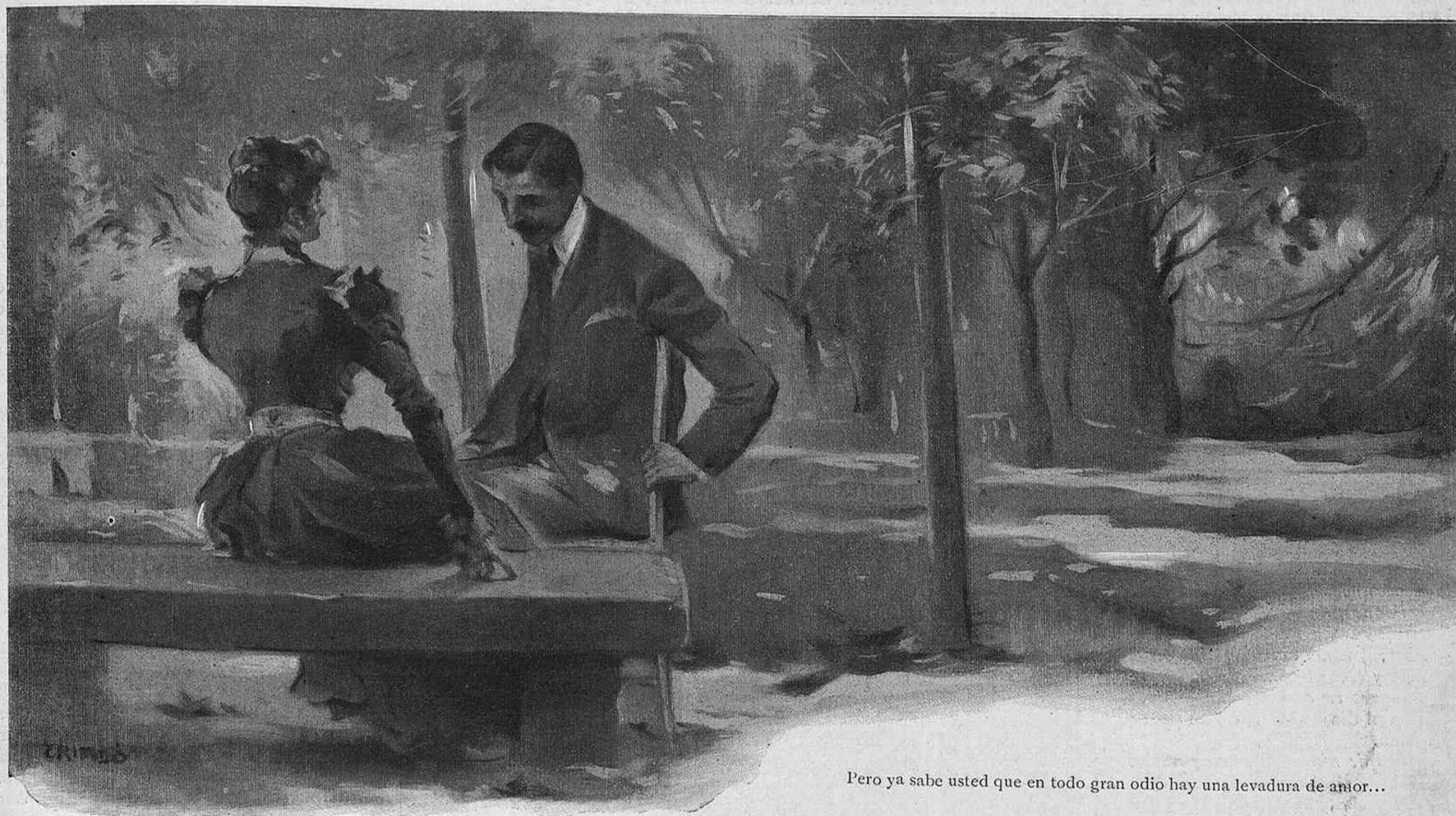
ROBESPIERRE.

Las revoluciones: tal es el nombre que se da á las brutalidades del progreso.

VÍCTOR HUGO.

Únicamente los muertos no hablan mal de los médicos, aunque son los únicos que de ellos pueden prescindir y probablemente los que más fundados motivos tienen para quejarse de ellos.

PABLO HERVIEU.



Pero ya sabe usted que en todo gran odio hay una levadura de amor...

ESCULTORES DE ALMAS

(BOCETO PARA UNA COMEDIA)

Intervienen varios personajes, que irán apareciendo. — La acción se desarrolla en el jardín extenso, frondoso y poliermo de un precioso *chalet*, en una provincia levantina, durante la época actual y la estival estación.

LUIS (*Muy joven, guapo, buen mozo, elegante*).—Gloria, yo no sé ya qué más decirle. La asedié á usted en Madrid; la he seguido á través de su trayectoria veraniega; llevo siete meses de angustia, molestándola tal vez (*Gloria protesta*), y ni mis vehemencias de enamorado, ni mis delicadezas de poeta, han logrado conmoverla á usted. He recibido en pago á mis constantes desvelos, á mis tormentosas ansias de amor, sólo esquiveces frías, cuando no cruales. Yo nunca había comprendido el amor del Dante... ¡Hoy, le comprendo!

GLORIA (*Hermosísima, espiritual, menos joven que él*).—Luis, no se queje usted de mí. Culpe al destino, que le puso á mi lado demasiado tarde. Yo soy soltera; pero mi alma, mi alma está ya *divorciada*, después de un desengaño inmenso, que decidió mi porvenir. No se sorprenda usted. Es un desengaño que no conoce nadie, porque he tenido buen cuidado de ocultarlo, porque á mi orgullo le era imposible descubrirlo, ni aun buscando el natural consuelo en una confidencia amiga; un desengaño con cuya confesión, segura de que usted ha de agradecerme, voy á pagarle sus requerimientos, que he agradecido siempre, y su cariño, que hubiese querido corresponder, créame usted, porque su constancia, su lealtad y su amor merecen ser admirados, merecen ser, cuando menos, curados radicalmente para evitarle sufrimientos y para evitármelos yo, porque créame usted que yo los siento ante los de usted, que me interesa mucho...

LUIS (*Con desaliento*).—¡Curarme! Es imposible, Gloria.

GLORIA.—No es imposible; si acaso, difícil y doloroso. Ustedes los escritores se pasan la vida inventando para sus comedias, para sus versos y para sus novelas, dolores y alegrías muy semejantes á las humanas. Son esas obras estrellas fugaces, que brillan un instante sólo, mientras tardan en describir la parte de su órbita; en unas más visible que en otras, según la magnitud y la brillantez de la inspiración que las lanza por el horizonte del arte, pero que desaparecen en seguida, sin dejar ni el rastro de un recuerdo. Es porque nos deslumbraron, no porque alumbraron nuestro espíritu...

LUIS (*Entre asombrado é irónico*).—Gloria, está

usted muy metafísica. Si no me da usted unos paralipómenos...

GLORIA.—Se los daré, y puede que me los agradezca como procedimiento terapéutico y como medio de triunfar en el arte... Continúo. De tarde en tarde, los desengaños ó las circunstancias de la vida obligan á los poetas á descender de las regiones de la fantasía y á mirar al suelo, y cuando *ven* y *sienten* y saben exteriorizar sus sentimientos, crean esos mundos admirables, esos astros de primera magnitud, esas estrellas fijas, cuyos resplandores nunca se apagarán y que se llaman los grandes poemas de la humanidad, cuyos dolores y alegrías retratan...

LUIS.—Está usted muy inspirada.

GLORIA (*Nerviosa, hablando rápidamente, como un artista en plena concepción*).—Sí, lo estoy, no lo niego.

LUIS.—¡Si tiene usted un temperamento artístico de primer orden! (*Gloria se ríe*.) Por eso me enamoré de usted. ¡Qué pareja harían nuestras almas! Repito que está usted inspiradísima.

GLORIA.—Mire usted que inspiración y enamoramiento suelen ser sinónimos muchas veces.

LUIS (*Sorprendido*).—¿Está usted enamorada?

GLORIA (*Echándose á reír*).—¿Usted me cree capaz?

LUIS (*Tras de una vacilación*).—¿Qué quiere usted que le diga! ¡Es tan incomprensible el alma de una mujer!..

GLORIA (*Seria*).—Enamorada, hoy no. Pero ya sabe usted que en todo gran odio hay una levadura de amor...

LUIS.—¡Gloria!

GLORIA.—Voy á darle á usted un fragmento de la realidad para que esculpa una obra de arte, que puede ser la decisiva de su suerte, ya que usted es uno de los personajes que en ella intervienen.

LUIS.—Pero, Gloria, hábleme usted claro...

GLORIA (*Prestando atención á lo que ocurre detrás de un verdoso y tupido seto que cierra la plazoleta, más allá de la cual se extiende uno de los andenes del jardín*).—Oiga usted, Luis, lo que hablan esos muchachos. El mayor de ellos, ese que habla en tono finchado y pedante, tiene sólo diez y seis años...

Voz 1.^a de muchacho.—Aquí podemos fumar sin que nos vean los papás.

Voz 2.^a—¡Qué lástima que no te vea la Carmen!

Voz 1.^a—¿Quién, esa tonta?

Otra voz.—Vamos, que bien te gusta y quieres contentarla.

La voz 1.^a—Quita, bobo. ¡Ella, que está enamorada de mí y yo que quiero tomarla el pelo!

Otra voz.—¿Cuándo te declaras?

La voz 1.^a—¡Yo! (*Con desdén inmenso*.) ¿Qué apostáis á que hago que se me declare?

Otra voz.—Y luego, ¿qué?

La voz 1.^a—¡La mando á que la suene su mamá!

GLORIA (*Conmovida*).—¿Lo oye usted?.. ¿No ve usted ahí un drama?.. Luego, estos hombres, en la madurez de su vida, maldicen de la mujer y no se acuerdan de que el alma de ella es una escultura obra suya... De niñas nos *vacían* el alma, con arte tosco, es verdad, pero que deja, por eso mismo, por su falta de delicadeza, las huellas mejor grabadas, más firmes, imborrables. Sólo que luego la escultura se anima, adquiere vida, se hace escultora y modela y vacía nuevas almas... Esta es la vida y esta es la historia de muchas almas frívolas ó péfidas de mujer... ¡Y esa es mi historia!..

LUIS.—¿Luego usted ha estado enamorada?

GLORIA.—Lo estuve, cuando casi era niña. (*Conmovida, febril, agitada*.) No es un caso de romanticismo, no. Yo quise con toda la fuerza de los quince años á un hombre. ¿A quién dirá usted?

LUIS.—¿A quién?

GLORIA.—Al marido de mi hermana, de la dueña de este *chalet*.

LUIS.—¡De Claudia! (*Estupefacto*.) Si parecen ustedes enemigos.

GLORIA.—Y lo somos. Es decir, lo soy. Él, no. Él, por una de esas compensaciones que nos da el destino algunas veces, está hoy loco por mí. Su mujer no tiene más cualidad admirable que el ser hacendosa y económica. Una mujer de su casa, que es lo que hastía y aburre en seguida á muchos maridos.

LUIS.—Sí; son ustedes dos temperamentos antitéticos, dos almas distintas. Su hermana es muy buena.

GLORIA.—Lo que yo no soy. Yo soy coqueta, soy loca, juego con todos y con todo y de todo me río. ¡Oh, labró mi alma un gran escultor!..

LUIS.—Y ríe usted con mucha gracia.

GLORIA.—Es una *pose*.

LUIS.—Sí, es cierto; es usted más artista que la Duse.

GLORIA.—Sí. Yo soy una entristecida. Yo llevo una pena indescriptible, un vacío insondable en mi alma. Yo estoy deseando vengarme de él, vengarme de su desengaño que no merecía, porque le quise con toda mi alma... Hace tres años que preparo mi plan, que es terrible. Yo he de quitarle á él la paz de su hogar y la esperanza de dicha... Usted... No me atrevo...

LUIS (*Presintiendo una confidencia*).—Siga usted. Soy un caballero.

GLORIA.—¿No se ofenderá usted?

LUIS.—¡Usted nunca puede ofenderme! ¡Palabra!

GLORIA.—Pues usted me ha ayudado inconscientemente. Él, que desdeñó mi alma cuando era suya, está loco de celos ante la suposición de que nos casemos usted y yo..., lo cual es un imposible...

LUIS.—¡Gloria!

GLORIA.—Sí. Y después de esta confesión, más. Entonces sería usted mucho más celoso que él. Lo sé. Los peores celos. ¡Los celos de un recuerdo!.. (Volviendo a prestar atención a lo que ocurre detrás del seto.) Atienda usted. Ahora vendrá la catástrofe de un drama. La anagnórisis vendrá algunos años más tarde.

La voz 1.^a de muchacho (Muy cariñoso).—Vamos, Carmita, cuéntame eso que no te atreves... Dímelo. ¿No soy tu amigo mejor? (Pausa.)

Voz de niña que empieza a dejar de serlo.—No, no puedo. Es un secreto que tengo muchos deseos de decirte y que yo querría que adivinases... Porque me da reparo...

La voz 1.^a de muchacho.—Si yo no lo diré a nadie. Estamos así una hora.

Voz de niña.—Estoy triste, muy triste. Parece mentira... Entre el calor, luego tanto hablar con unos y con otros...

La voz 1.^a de muchacho.—A ver si en el día de tu santo te pones mala...

Voz de niña.—Sí, estoy mala. El licor, el champañ, la comida... (En voz muy apagada.) Oye, Julio, yo te quiero a ti.

Voz de muchacho (Con perverso tono).—¡Caramba, podías haber avisado!..

Voz de niña.—¿Te burlas?

Voz de muchacho (Riéndose).—En eso han parado todos los humos que me gastabas.

Voz de niña (Conmovida y airada).—¡Julio! ¿Qué dices?

Voz de muchacho.—Nada, que me voy... (subrayando con intención perversa) con Isabel que me espera..., y que, como tú no me querías, estamos en relaciones.

DOÑA AURELIA (Madre de Carmita).—¡Carmita, Carmita! ¿Dónde se ha metido esta criatura?

CARMITA (Aparece haciendo violentos esfuerzos para que las lágrimas no inunden su carita congestionada y entristecida de ángel desterrado del cielo).—¡Mamá, mamá!..

DOÑA AURELIA.—¿Qué tienes? (Alarmada.) ¿Por qué lloras?

CARMITA (Cohibida, sin saber qué decir).—Por nada... Que ha pasado una serpiente...

GLORIA (Abrazando conmovida a Carmita, que desborda su pena llorando).—Sí... ¡Tienes razón!.. (Subrayando.) Yo la vi arrastrarse, para morder mejor... Abundan mucho... (Mirando a Luis de modo muy significativo.) Aquí mismo, y de igual manera, me hizo llorar una años atrás... (Besando emocionada a Carmita.) No llores... Imítame... Yo no lloré entonces. Yo sentí asco, primero; odio, después... Ahora, procuro lo que tú debes procurar: fascinarla, para pisarla luego... (Brillando en sus ojos siniestras fulguraciones de odio.) ¡Todo es cuestión de tiempo y de memoria!.. (A Luis.) ¿Me ha entendido usted?.. ¿No le dije que le daría un trozo de la realidad que puede inspirar una obra muy hermosa?

LUIS.—Sí, tiene usted razón. Una obra para chicos y para grandes.

GLORIA.—Para todos, que es como deben ser escritas todas las obras.

LUIS.—¡Y ésta con tesis y todo!

GLORIA.—Una tesis que puede concretarse en esta frase: no engañéis a la niña y no os burlará la mujer.

LUIS.—Permitame usted aplicar la tesis de un modo más general... Porque también hay mujeres...

GLORIA.—Sí, ya lo sé. También hay mujeres que nacen escultoras...

EL BACHILLER CORCHUELO

EL CONGRESO DE LA TUBERCULOSIS

EL DESCUBRIMIENTO DEL DR. BEHRING

(Véase la lámina de la página 681)

En el último número nos ocupamos del Congreso de la Tuberculosis recientemente celebrado en París; hoy, completando aquella información, diremos algo de lo que ha constituido la nota dominante del mismo, de la comunicación hecha por el delegado

La seriedad, la justa fama del Dr. Behring, permiten esperar con gran confianza sus experimentos. Su pasado es la mejor garantía de sus éxitos en lo porvenir.

Él fué quien en 1890 descubrió, en unión del japonés Kitasato, el principio de la sueroterapia antidiftérica y antitetánica, gracias al cual, y después de cuatro años de no interrumpidos experimentos realizados simultáneamente en Alemania y en Francia, pudo aplicarse a la difteria humana el suero con que el sabio alemán había dotado a la Medicina, aplicación cuyo honor corresponde a otro sabio no menos eminente, el francés Dr. Roux.

El Dr. Behring, que en 1891 vió recompensados sus trabajos con el premio Nobel, ha dicho, según parece, que dentro de un año podrá presentar conclusiones definitivas sobre su nuevo descubrimiento.

¡Quiera Dios que las esperanzas concebidas se realicen!

Si así fuese, el sabio alemán merecería contarse entre los más grandes bienhechores de la humanidad.—R.

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES

EXPOSICIÓN «VILA Y PRADES»

EN EL SALÓN WITCOMB

Hace algunos meses que el joven pintor valenciano J. Vila y Prades es huésped de la argentina tierra, y por la interesante colección de cuadros expuestos en el aristocrático salón Witcomb, vese que ha aprovechado el tiempo al minuto, porque nos consta que lo presentado es una mínima parte del trabajo hecho en estas tierras. Desde su llegada, por todas partes le solicitan y continuamente le ven sobre él encargos, de tal modo y en tal cantidad, que para cumplirlos habrá de permanecer entre nosotros cuando menos hasta febrero ó marzo del año próximo. Esto indica que el talento y maestría del mimado discípulo del gran Sorolla, por su potencia y genialidad hase abierto las puertas de la buena sociedad porteña, la que sabe apreciar las superiores cualidades de nuestro compatriota.

En la exposición ha presentado algunos de los cuadros traídos de España, entre los que brillan con luz propia la *Valenciana de principios del siglo pasado*, premiada con medalla de oro en Almería; *Sorprendidas*, que obtuvo igual distinción en Granada; *Lavanderas gallegas*, medalla de plata en París, todas durante el año 1903; y el cuadro de gran tamaño *Sobre el arroz*, medalla de plata en Madrid el año pasado, y del que se ocupó a su debido tiempo LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Pero amén de los mentados figuran también otras preciosidades que nos recuerdan las hermosuras de la huerta de Valencia, como *Las moscas de la siesta*, de técnica, colorido y empaste en todo digno de un verdadero maestro consagrado por la fama y que

domina todos los secretos de la paleta y de la luz. *El rey de la huerta*, por los mismos conceptos apuntados, merecería un artículo especial de pluma autorizada en crítica artística, como un paisaje gallego y la delicadísima acuarela *Poniendo los puntos*. Este último hizo exclamar a un devoto muy entusiasta de la pintura española, que Vila y Prades se lo había robado todo a su maestro Sorolla, hasta el talento y la inspiración, ¡como si estas dotes pudieran adquirirse sin el talento, la inspiración y la personalidad propios!

Pero, dejando aparte tales tesoros y circunscribiéndonos a lo pintado aquí, ha llamado poderosamente la atención lo bien que ha sabido interpretar la diafanidad de la atmósfera pampeana, desesperación de muchos artistas. En estos cuadros, parece prolongarse la llanura haciendo visibles los menores accidentes, y además, se demuestra la asombrosa observación del medio ambiente y de los detalles característicos, lo que constituye otra superior facultad



Tarantilla, escultura de Héctor Ximenes (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1905.)

del gobierno alemán, el eminente sabio doctor Behring.

En los primeros momentos, díjose que éste había descubierto un tratamiento curativo de la tuberculosis; pero él mismo ha calmado estos prematuros entusiasmos haciendo ver que si los resultados hasta ahora obtenidos con su procedimiento son satisfactorios, no pueden, sin embargo, considerarse como decisivos.

He aquí la verdad acerca del estado actual de este importantísimo y trascendental asunto.

Hace tres años, el Dr. Behring demostró en Casel que había descubierto una vacuna preventiva contra la tuberculosis de los grandes animales, como los bóvidos; hoy casi afirma que esta vacuna, además de precaver aquella enfermedad, puede curarla en los mismos animales.

Falta ahora que los efectos producidos en éstos se produzcan también en el hombre; y esto es precisamente lo que ahora se propone ensayar.

tad. Y de ello son prueba asombrosa el hermoso cuadro *Guachos*, niña y ternero criados sin madre, en medio de aquella llanura tan propia, tan local, en



JULIO VILA Y PRADES

que el artista con su trabajo pictórico y los modelos y el espacio ante sí, ha puesto un tratado de filosofía sobre la portentosa tela, alabada y admirada por cuantos inteligentes y aficionados se encuentran en la populosa Buenos Aires. Y con el mencionado, merecen citarse los titulados *Pampa*, cercanías de una estancia; *Arroyo de Tapalqué*; *Sultán*, el hermoso y potente toro padre, y hasta el mismo *Domando un potro*.

En otro orden de apreciaciones, la prensa argentina ha dedicado largas columnas al elogio de los tipos y usos, de las costumbres é indumentaria de tierra adentro, que Vila y Prades ha trasladado al lienzo con verdad pasmosa, ejemplos de ello son: *Ya quedan pocos*, tipo de gaucho con sus aperos junto al rancho de paja y barro; y *Cuentos de fogón*, que,

como indica el título, representa una reunión de individuos dentro del rancho, alrededor del fogón, mateando y escuchando la relación de aventuras de uno de ellos; y otros muchos cuadros más que harían interminable el artículo.

J. Vila y Prades cuenta actualmente 30 años, y tiene brillantísimo porvenir. Ha sido artista de nacimiento, por intuición, por impulso de su propia naturaleza. Según él mismo confiesa, empezó á pintar casi niño sin mayores conocimientos, pero siempre del natural, y su espíritu inquieto le ha llevado casi al continuo viaje. Hacía más de ocho años que pintaba, cuando hallándose en posesión de unos cuantos miles de pesetas y de regreso á España de un viaje

Sus viajes y su espíritu le han ocasionado algunas aventuras, no siendo la menor la sucedida en Cascaete. Hallándose en Tudela y sabiendo que aquella población celebraba su patronal fiesta, fuése allá para presenciar una corrida de novillos, que él califica de terneros. Pero lo cierto fué que la cuadrilla quedóse sin matador. Entonces Vila y Prades, en un arranque, se ofrece, y con tan buena fortuna se porta que quedó consagrado; al extremo que un literato y periodista de fama que presenció el hecho, le dirige todas las cartas con el siguiente encabezamiento: «*Al arriesgado matador de toros y á la vez artista don J. Vila y Prades.*» Los triunfos obtenidos en la República Argentina ya le hacen suspirar por Centro-



Arroyo de Tapalqué, cuadro de J. Vila y Prades. (Exposición de obras de este pintor en el Salón Witcomb.)

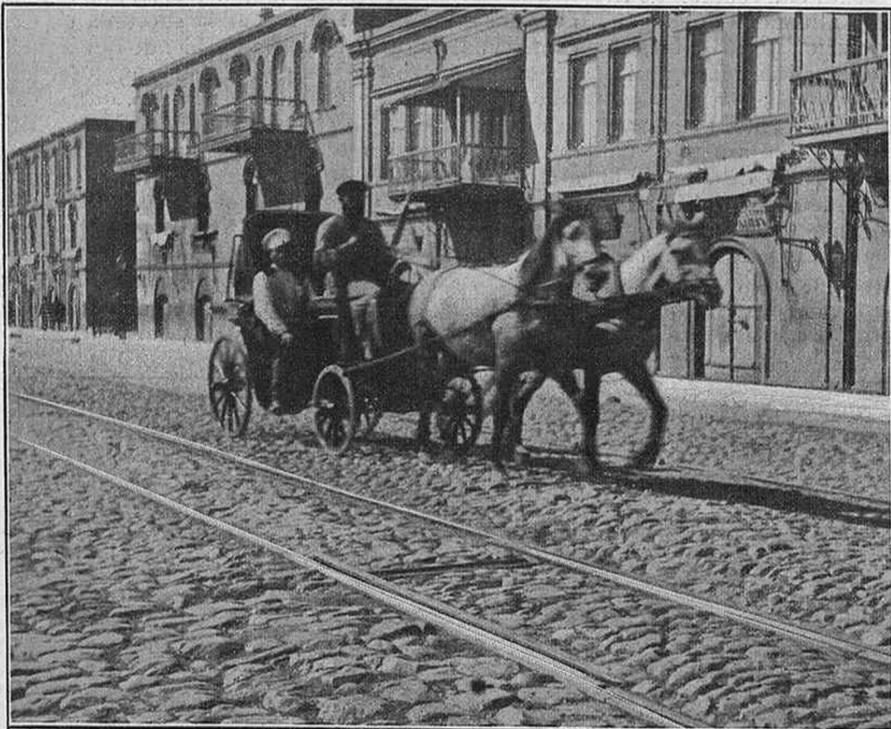
á Irlanda é Inglaterra, pensó seriamente en estudiar. Dirigióse á Madrid y entró en el estudio de su paisano Sorolla; siendo, á poco, su alumno predilecto, por el que siente cariños de padre.

América, México y Estados Unidos. Sin embargo, piensa disputar la medalla de oro el año próximo en Madrid.

JUSTO SOLSONA.



Guachos, cuadro de Julio Vila y Prades. (Exposición de obras de este pintor en el Salón Witcomb, de Buenos Aires.)



EL ESTADO DE SITIO EN BAKÚ.
Soldados recorriendo en coche las calles de Bakú para conservar el orden.
(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



EL ESTADO DE SITIO EN TIFLIS.
Soldados registrando los coches de punto para ver si llevan bombas escondidas.
(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

LA AGITACION EN RUSIA

EL ESTADO DE SITIO EN BAKÚ Y EN TIFLIS

Cuando más necesitado se halla el imperio ruso de un largo período de paz y tranquilidad que le permitan reponerse de las pérdidas y quebrantos inmensos que le ha ocasionado la guerra japonesa, tan desastrosa para su poderío bajo todos conceptos, estallan en todos los ámbitos de aquel vasto país movimientos insurreccionales que mantienen á Rusia en un estado de agitación constante.

Oportunamente nos ocupamos de los terribles sucesos de Bakú. En la actualidad, á pesar de haber sido aumentada aquella guarnición y declarado el estado de sitio, la situación continúa siendo alarmante y diariamente se reproducen los saqueos y los asesinatos.

La insurrección se ha propagado á Tiflis, en donde se han arrojado bombas en distintos puntos de la ciudad, una de ellas cerca del palacio del lugarteniente imperial, que han causado algunas víctimas.

En Cronstadt se han declarado en huelga los obreros del puerto, y sabido es que actualmente en Rusia las huelgas, sean de la índole que sean, no son pacíficas ni mucho menos, sino que van acompañadas de sangrientas colisiones entre los huelguistas y la policía, los cosacos y las tropas.

Pero donde los hechos han revestido especial gravedad es en Moscou. Comenzaron allí por abandonar sus trabajos los obreros de los tranvías eléctricos y los tipógrafos, no tardando en asociarse á ellos los de las fábricas, los panaderos y otros oficios; y como natural consecuencia ha habido numerosos choques entre ellos y la fuerza armada, resultando varios muertos y numerosos heridos, aparte de los asaltos y saqueos de panaderías y tiendas de comestibles.

También en San Petersburgo van tomando las cosas un aspecto inquietante, á causa de la huelga que allí han iniciado los tipógrafos.

Y por si todo esto no fuese bastante, las noticias que se reciben de la Mandchuria revelan en aquellas tropas un estado de desmoralización é indisciplina que inspira grandes temores para el día en que hayan de ser repatriadas.

Preciso es confesar, pues, que la situación por que Rusia atraviesa es

por demás difícil, y que de no realizarse las esperanzas que muchos tienen puestas en las proyectadas reformas, la suerte del imperio corre gravísimos peligros. Para la realización de estas reformas ha sido convocada la Duma. El tsar, en rescripto de 30 de septiembre último, ha dictado las órdenes oportunas para la elección de esta asamblea, y el ministro del Interior ha enviado una circular á los gobernadores dándoles las instrucciones convenientes á fin de que la elección se efectúe con la mayor legalidad.

SOIGNIES (BÉLGICA)

MONUMENTO AL TRABAJO OBRA DE GRANDMOULIN

Bélgica es, sin disputa, una de las más ricas y florecientes naciones de Europa; y su riqueza y su florecimiento se deben única y exclusivamente al trabajo perseverante de aquel pueblo que, admirablemente gobernado, se ha convencido de que el bienestar de un país no se consigue con

empresas guerreras, con brillantes conquistas, sino que se logra mucho mejor y de una manera más sólida dedicando todos sus esfuerzos al fomento de la instrucción, de la agricultura, de la industria, en una palabra, de todas las actividades humanas que para su desenvolvimiento exigen ante todo la paz.

El monumento que en esta página reproducimos es una hermosa alegoría del modo de ser del pueblo belga, y le da mayor importancia el hecho de haber sido inaugurado con motivo del 75.º aniversario de la independencia de Bélgica. No es un monumento á un gran conquistador, á un general victorioso, ni siquiera á un político ilustre ó á un pensador profundo; es un monumento erigido al Trabajo, simbolizado por un cantero, como representación de una de las industrias más importantes de Bélgica, que, empuñando el martillo y apoyándose en la piedra que se dispone á desbastar, se alza sobre un zócalo, en el cual se leen las dos fechas: 1830-1905.

La ejecución del monumento había sido confiada al eminente escultor Constantino Meunier; pero habiendo éste muerto sin poder realizarla, fué confiada á su discípulo Grandmoulin, que ha hecho una obra hermosa por su sobriedad y sencillez al par que por su vigorosa expresión.

LOS RESTOS

DEL GENERAL KONDRATENKO

Á BORDO DEL «MÜNCHEN»

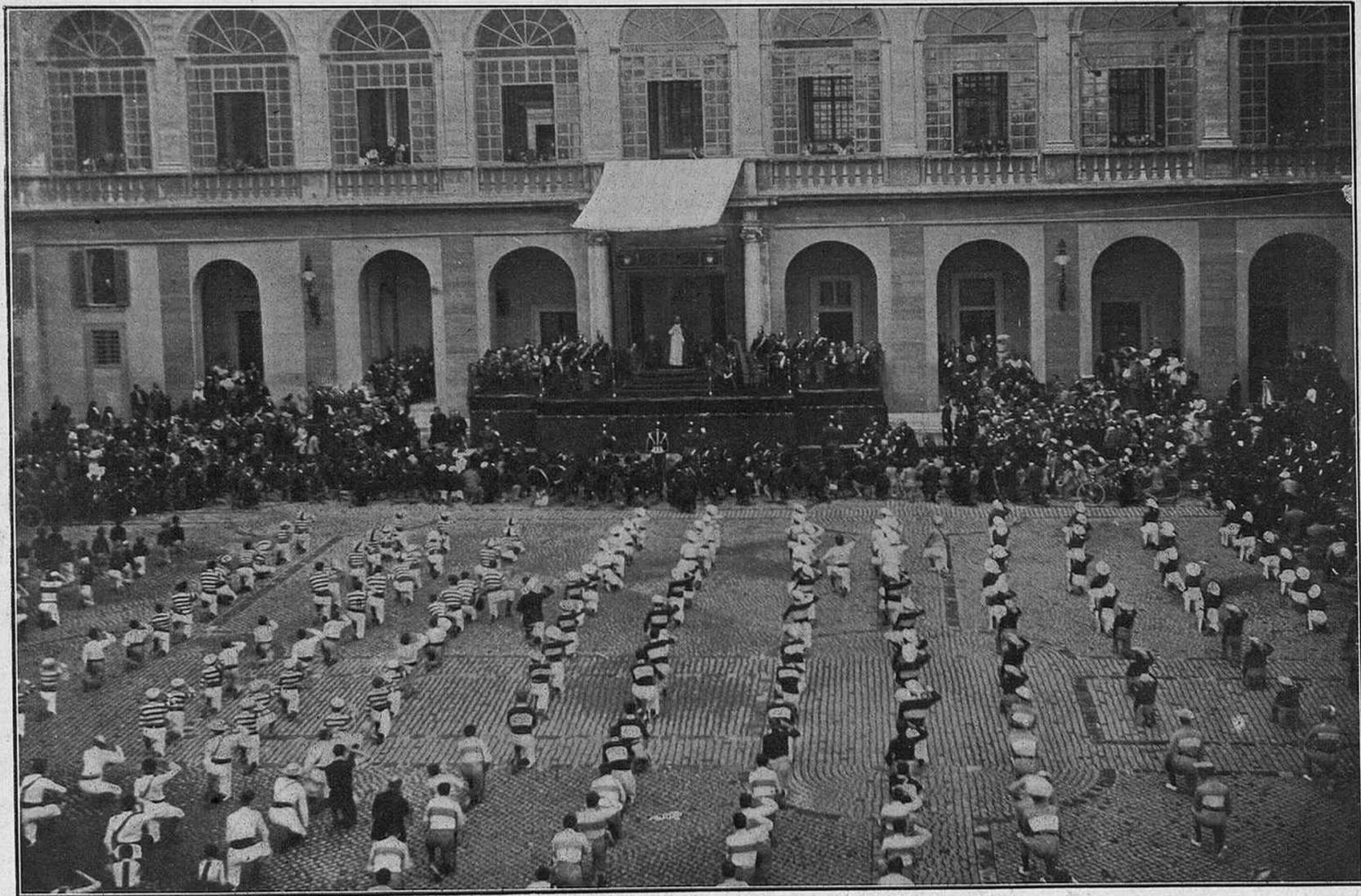
El general Kondratenko, que fué el organizador inteligente y fértil en recursos de la defensa de Puerto Arthur y cuya gloriosa muerte, acaecida en los últimos días del sitio, fué una pérdida irreparable para aquella plaza, ha recibido cristiana sepultura en San Petersburgo. Sus restos, conducidos á



MONUMENTO AL TRABAJO, ERIGIDO EN SOIGNIES (BÉLGICA) con ocasión del 75.º aniversario de la independencia belga, obra de Grandmoulin (De fotografía de Hutin Trampus y C.ª)



LOS RESTOS DEL GENERAL KONDRATENKO, EL HÉROE DE PUERTO-ARTHUR, Á BORDO DEL VAPOR «MÜNCHEN» QUE LOS CONDUJO Á ODESSA. LA VIUDA DEL GENERAL, SU HIJO Y OTROS INDIVIDUOS DE LA FAMILIA DEL GENERAL, JUNTO AL FÉRETRO DEL MISMO. (De fotografía.)



CONCURSO GIMNÁSTICO EN EL VATICANO. - S. S. EL PAPA PÍO X DANDO LA BENDICIÓN Á LOS GIMNASTAS. (De fotografía de Carlos Abeniakar.)

bordo del vapor alemán *München*, llegaron á Odessa el día 1.º de este mes, siendo desde allí trasladados á San Petersburgo, en donde fueron enterrados el día 8. La ceremonia del entierro fué grandiosa y solemne; la fúnebre comitiva fué presidida por los grandes duques Vladimiro, Pedro Nikolaievitch, Nicolás Nikolaievitch y Sergio Mikailovitch, y en ella figura-

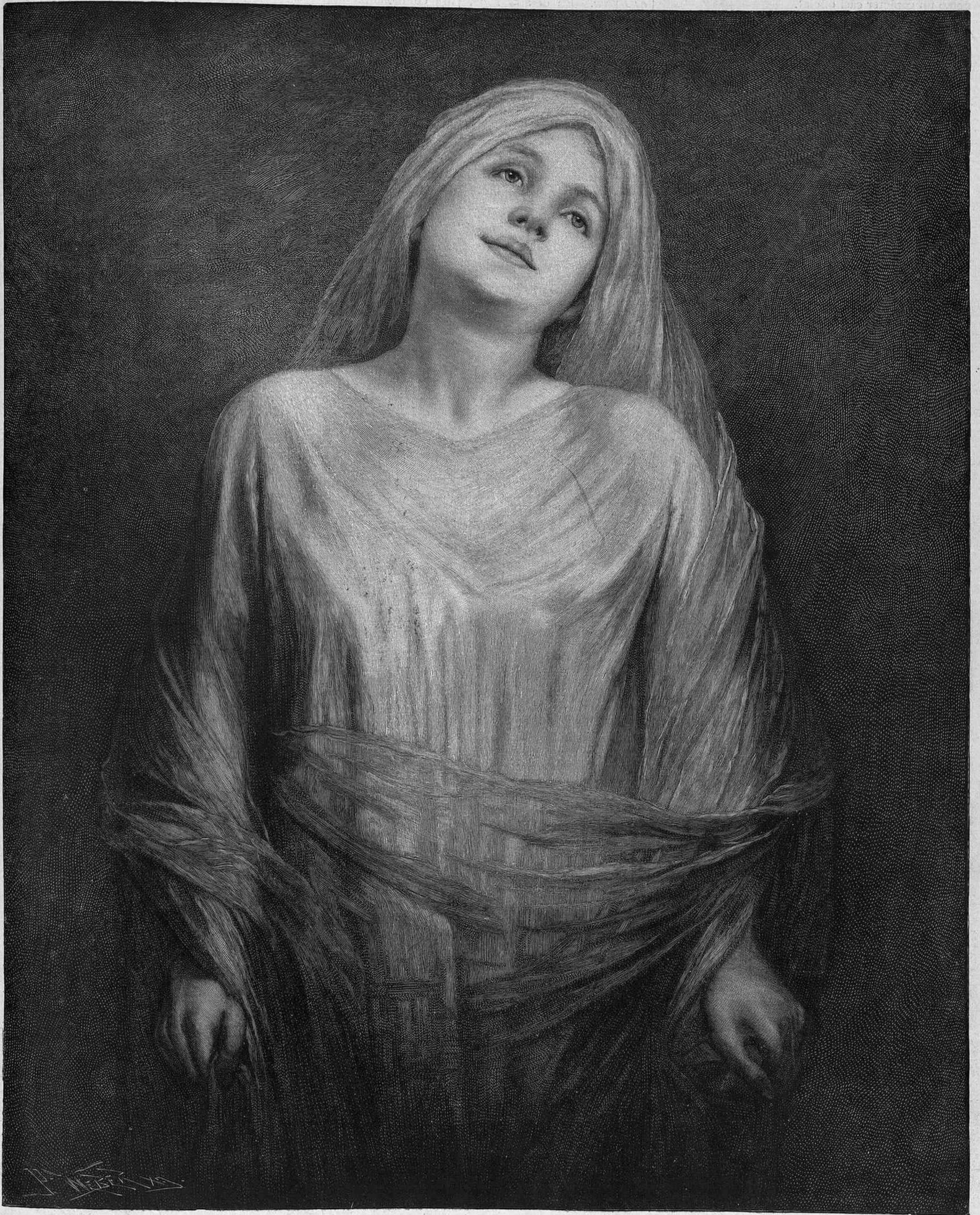
ban diez carrozas completamente llenas de coronas. Detrás del féretro iban la viuda y el hijo de Kondratenko. Una multitud inmensa presenció el cortejo en actitud de gran recogimiento y profundamente conmovida. El cadáver del héroe de Puerto Arthur fué inhumado en el convento de San Alejandro Newski.

CONCURSO GIMNÁSTICO EN EL VATICANO

Los ejercicios deportivos han recibido últimamente una suprema consagración, la del Sumo Pontífice, que ha autorizado las carreras de bicicletas, las carreras á pie y los ejercicios gimnásticos en los jardines del Vaticano. La presencia de Monseñor Merry



EL VOTO, cuadro de Chartran. (Museo del Luxemburgo.)



La célebre actriz alemana JUANA MEYER, en el papel de Astarté del «Manfredo» de Byron.

Retrato pintado por Gabriel Max para la Galería de Artistas Dramáticos de Munich.

del Val, secretario de Estado, ha dado á este concurso un carácter casi oficial.

La fiesta fué organizada por 40 sociedades de deporte italianas, y en ella tomaron parte 500 individuos, entre los cuales se distribuyeron 250 medallas de oro, de plata y de bronce y un premio de honor. Los ejercicios duraron cuatro días y terminaron con una recepción, en la que el papa pronunció un discurso encomiando la educación física, que dispone el espíritu para la realización del bien moral, y bendijo á cuantos en el concurso habían intervenido.

Ha llamado mucho la atención el hecho de que entre las banderas de las asociaciones gimnásticas había muchas tricolores italianas, y de que entre los profesores de gimnasia figuraban no pocos que ostentaban en su pecho medallas ganadas en la guerra de la independencia y unidad de Italia. Era esta la primera vez que tales emblemas se mostraban en el Vaticano; todos, sin embargo, han participado por igual de las atenciones de Su Santidad; todos han recibido de sus augustas manos la bendición pontificia, confirmando así una vez más la alteza de miras, el espíritu abierto, el ansia de amor y paz del sabio y virtuoso papa que actualmente se sienta en el solio de San Pedro.

RANAVALO

EX REINA DE MADAGASCAR

La que fué reina de Madagascar y hoy vive en Argelia, en donde la tiene desterrada, por decirlo así, el gobierno francés, que le arrebató su reino y la despojó de su corona, se encuentra actualmente en París. La estancia en aquella capital constituye para la ex soberana la realización de su sueño dorado, y mientras permanece en ella goza lo que no es decible recorriendo tiendas, comprando todo lo que le permite la modesta pensión que tiene señalada y admirando con curiosidad y ansias infantiles aquello que por la escasez de sus recursos no puede adquirir.

El gobierno tiene con ella delicadas atenciones: el presidente de la República le envió algunas piezas cobradas en su primera cacería de la presente estación; el ministro de las Colonias M. Clementel organizó en su honor una recepción en el pabellón de Flora y le comunicó la agradable noticia de que su pensión en lo sucesivo sería, en vez de 30.000, de 50.000 francos anuales, y el ministro de la Guerra ha ido á ofrecerle sus respetos.

La ex reina Ranavalo, á quien acompañan en este viaje su tía la princesa Ramazindrazana, su sobrina María Luisa y el aya de ésta, la señora Delpeux, se hospeda en una modesta casa de Saint-Germain, en las inmediaciones de París.

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 684, 688 y 689)

Tarantilla.—Héctor Ximenes figura entre los más justamente renombrados escultores italianos; sus obras son movidas, sus figuras son animadas y en sus líneas se advierte esa elegancia, esa viveza que constituyen la característica de la plástica moderna. Véase en prueba de ello *Tarantilla*, que tantos elogios ha merecido con ocasión de haber figurado en la última Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia; aunque no tuviera otras condiciones de belleza, la sola expresión de esa cara risueña, gozándose en la sorpresa que ha producido al quitarse la espantosa máscara, bastaría para acreditar de maestro consumado al que ha sabido modelarla.

Juana Mayer en el papel de Astarté del «Manfredo» de Byron.—En el año 1898, para conmemorar el 25.º aniversario de la inauguración del Teatro de la Corte, de Munich, creóse en él una Galería de



RANAVALO, EX REINA DE MADAGASCAR. (De fotografía.)

Actores, en la cual figuran las más famosas estrellas del arte escénico alemán, retratadas por los más célebres pintores. A esta galería pertenece el retrato que reproducimos: representa á la notable trágica Juana Mayer en uno de los papeles que más contribuyeron á su gloria, el de Astarté del *Manfredo* de Byron, que estrenó en aquel teatro el día 27 de mayo de 1869. La obra de Gabriel Max es digna de su autor, que con razón se ha conquistado uno de los primeros puestos entre los retratistas alemanes.

El voto.—Las obras artísticas que además de ser gratas á los ojos penetran hondamente en nuestro espíritu y despiertan en él sensaciones más intensas que las que suele producir la simple belleza de forma, cumplen uno de los fines más elevados del arte. El cuadro de Chartrán pertenece á este género de composiciones, pues en ella, aparte de lo que pudiéramos llamar elemento pintoresco, admiramos el elemento psicológico, que tan bien ha sabido tratar el pintor en cada uno de los tres personajes que en el lienzo figuran.

Espectáculos.—BARCELONA. — *Teatro Principal.* — Ha comenzado la temporada con los mejores auspicios. El reputado pintor Sr. Graner ha organizado una serie de espectáculos-audiciones que se ha inaugurado con *El compe l'Arnau* y tragedia *Alkestis*, de Eurípides. *El comte l'Arnau* es una visión legendaria en cuatro cuadros, para la cual han escrito don José Carner un libro lleno de poesía y D. Enrique Morera algunos números de música verdaderamente inspirados y ajustados á la acción del poema, y han pintado hermosísimas decoraciones los reputados escenógrafos Sres. Junyent (O.), Moragas y Alarma, Urgellés y Vilumara. La interpretación de los personajes corre á cargo de la Srta. Ferrer y de los señores Puiggari, Capdevila, Balot, Giralt, Bataller y Bosch. El espectáculo resulta bellísimo bajo todos conceptos, y en su presentación se ha acreditado una vez más como excelente director escénico el notable artista D. Adrián Gual.

La tragedia *Alkestis* ha sido admirablemente traducida en verso catalán por D. Salvador Vilaregut y puesta en escena con gran propiedad, también bajo la dirección del Sr. Gual.

BOUQUET FARNESE VIOLET 29.º des Italiens.

El Sr. Lambert ha compuesto algunos coros llenos de carácter é inspirados en una composición dórica, que se cantan en las escenas más culminantes de la obra. En la ejecución de ésta se distinguen las Srtas. Ferrer y Baró, y los Sres. Puiggari, Giménez, Capdevila y Balot. La decoración de los Sres. Brunet y Pou es de tonos simpáticos y de bien entendida perspectiva.

Teatro de Novedades.—La compañía del eminente actor italiano Sr. Ferruccio Garavaglia, después de terminadas sus funciones en el Eldorado, en donde estrenó últimamente *La festa del grano*, traducción de *La festa del blat*, de Guimerá, ha dado una corta serie de representaciones en este teatro, obteniendo el citado actor nuevos y ruidosos triunfos.

Associació Wagneriana.—El día 18 efectuóse la sesión inaugural del curso de 1905-1906, en la que después de una conferencia preliminar de D. Joaquín Pena, la señorita Marcé y los Sres. Colomé, Vilalta y Boadella cantaron con mucho acierto el primer acto de *Lohengrin*, á excepción de los coros.

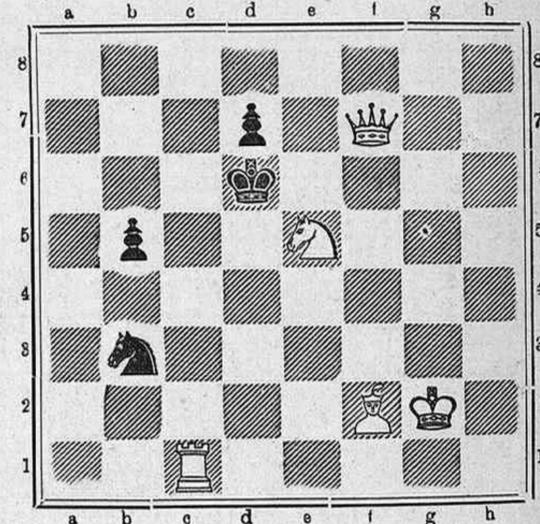
El programa de trabajos para el presente curso es amplísimo y sumamente interesante. En él figuran estudios analíticos y temáticos de *Lohengrin*, *Rienzi* y *Tristán é Isolda*; sesiones musicales wagnerianas en las que se cantarán *Lohengrin*, *El Ocaso de los Dioses* y *Tristán é Isolda*; conferencia á cargo de los Sres. Clariana, Crehuet, Doménech Español, Gual, Jordán de Urrias, Oliver, Par, Pedrell y Viura; ciclos de Beethoven, que comprenderán series completas de obras de música *di camera* del gran maestro de Bonn; conciertos á cargo del pianista señor Granados, que tocará las obras de Scarlatti recientemente descubiertas; de la Sra. Pichot de Gay, que cantará una serie de *lieders* de Beethoven traducidos al catalán por los Sres. Pena y Viura; y de la Srta. Marcé y del Sr. Colomé, que ejecutarán varios *lieders* de Schumann y Schubert, traducidos asimismo por los Sres. Pena y Viura; audiciones de fragmentos de las óperas *Emporium* y *Bruniselda*, del maestro Morera, y *Garraf*, del maestro García Robles; un concierto de corales religiosos por el organista y compositor señor Mas y Serracant; otros conciertos por el pianista Sr. Perelló y las

pianistas Srtas. Campins y Darné, por el «Orfeo barcelonés» y por la «Schola Choral de Terrassa»

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 403, POR M. HAVEL.

NEGRAS (4 PIEZAS)



BLANCAS (5 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 402, POR C. BAYER.

Blancas.	Negras.
1. Ce4-c3	1. Re5xd6
2. Dg2-c6 jaque	2. Cualquiera.
3. P ó D mate.	

VARIANTES

1..... Td7xf7;	2. Td6-d5 jaque, etc.
1..... Re5-f4 ó f5;	2. Dg2-e4 jaque, etc.
1..... Otra jugada;	2. Dg2-e4 ó xg3 jaque, etc.



Pasaba los días embutido en un sillón, casi sin poder servirse de los brazos

UNA CADENA

NOVELA DE GUSTAVO HUÉ.—ILUSTRACIONES DE SIMONI

(CONTINUACIÓN)

El anciano consintió en ello de buena voluntad, y ambos fueron á instalarse en la casa de la calle de Bosnieres, Virginia para llevar el cuidado de la casa y Leonardo sin funciones definidas, pero dispuesto á todo por exigencias de su actividad.

En los primeros días que siguieron á su casamiento, el Sr. Mauger encontró en la sociedad de su mujer encanto grandísimo y completamente desconocido para él: sentía placer extremo en hablar con ella, en oírle contar sus aventuras pueriles de pensionista, y en tener junto á sí á aquella niña ignorante de la vida, y cuyas ilusiones y sencilleces le divertían y le admiraban fuertemente. Aquel anciano que desde su adolescencia no había conocido afecto alguno; cuya vida entera se había deslizado sin más cuidado que el de los negocios, ni otro objeto que el de hacer fortuna, sentía germinar en su alma verdadera ternura hacia el ser joven y lleno de gracia que iba á llenar de encanto su ancianidad y á hacer dichosos los últimos días de su vida. Y aquel sentimiento, enteramente nuevo, se traducía en una bondad paternal y en una deferencia afectuosa que sedujeron á Marta y la conmovieron, á la vez que sintió verdadera gratitud hacia aquel cuyo nombre llevaba.

Necesaria había sido la actitud adoptada por Mauger para que la joven se acostumbrara á su nueva existencia. Cuando se encontró á solas, en la casa de la calle de Bosnieres, frente á frente de aquel anciano que le imponía respeto, había sido acometida por un sentimiento de temor, por una impresión de abandono: apenas se atrevió á hablarle, permaneció cortada en su presencia, y se preguntó con espanto si su vida sería siempre la misma.

Cuando Mauger salió, ella buscó á Virginia y le confió sus terrores y su tedio: la buena mujer la consoló y la animó cuanto pudo, no sin compadecerla en su fuero interno.

Marta no resistió mucho tiempo á las atenciones del anciano, y le profesó un cariño filial tan sincero como respetuoso.

Diez y ocho meses después de su casamiento, sin previa indisposición y sin que nada hiciera prever el accidente, Mauger fué atacado súbitamente de pará-

lisis una noche al levantarse de la mesa. El doctor Quesnel, llamado á la carrera, pudo contener el mal, pero el anciano se vió condenado á inmovilidad casi completa. Apenas se podía bajar de la cama; pasaba los días embutido en un sillón, casi sin poder servirse de los brazos, y viéndose obligado á cada instante á reclamar la ayuda de su mujer ó la de Leonardo.

Entonces se congratuló de la elección que había hecho. Marta no se separaba de él ya; lo cuidaba con una abnegación de todos los instantes; pasaba los días junto á él esforzándose en distraerlo, dócil á sus menores caprichos, atenta á prevenir sus deseos, y todo ello sin demostrar nunca ni disgusto ni impaciencia, siempre alegre, siempre sonriente, dichosa en demostrar al enfermo su gratitud por el bien que él le había hecho.

Así es como Quesnel la había conocido.

Al principio había sentido por ella tierna simpatía, hija de la conmiseración y de la piedad hacia aquella juventud sacrificada. Luego, en fuerza de verla casi todos los días, de vivir, por decirlo así, al lado suyo, seducido por el encanto ingenuo de sus grandes y negros ojos, la había deseado, ajeno á todo cálculo de interés, por ella misma, por curiosidad también, como se desea una fruta rara y hermosa, tanto más cuanto más difícil parezca poderla coger. Ponia extraña voluptuosidad en perturbar aquella alma, tan serena y tan plácida en la apariencia; en hacer nacer el deseo en aquel frágil cuerpo de joven, en enseñar á aquella esposa virgen la ciencia del amor, deliciosa y fatal, de la que no debía sospechar aún nada.

Se arriesgó, con discreción, á dirigirle algunos cumplidos, y dijo á Marta, en frases de doble sentido, la impresión que había producido en él; pero ella pareció no comprenderlo y acogió riéndose sus declaraciones. Entonces se decidió él á precipitar las cosas, á fingir un amor profundo, á demostrar una pasión.

La señora de Mauger, verdaderamente turbada, le impuso silencio; pero ingenua y sin experiencia alguna, se apresuró demasiado á defenderse. Quesnel dedujo de ello que Marta lo quería y que no recha-

zaba sus pretensiones sino por el hecho de estar casada, pero que en otras circunstancias las hubiera acogido favorablemente.

IV

El doctor Quesnel, fiel á su resolución, no dejaba escapar ocasión alguna de encontrarse á solas con Marta, de repetirle que la quería, de persuadirla que desconocía sus propios sentimientos, y de que, al rechazar su amor, causaba la desgracia de ambos y destrozaba sus corazones.

Insensiblemente, sin que ella lo advirtiera, sin que pensara siquiera en defenderse, tan imposible le parecía el caso, aquella persuasión iba penetrando poco á poco en su espíritu, se iba infiltrando en él lentamente casi sin saberlo, produciendo el efecto anhelado por Quesnel y asegurado por él un día y otro. La señora de Mauger le imponía silencio, pero con menos irritación: ya no se reía de sus volcánicas declaraciones, y á veces ni aun conseguía disimular el placer que le producía escucharlas y leer en los ojos del doctor la ardiente pasión de que lo creía animado.

¿Qué cosa más natural para aquella joven de veinte años, privada de todas las alegrías del mundo, que dar oídos á las palabras de un joven de agradable presencia, el único que había conocido, que la llevaba con tanta suavidad por sendas encantadoras al descubrimiento de su propio corazón?

De otra parte: ingenuamente sencilla, salida del convento para casarse con un viejo que sólo tenía para ella la ternura respetuosa de un padre, Marta no comprendía con exactitud lo que el doctor esperaba de ella. Pensaba, de un modo vago, que le pediría de pronto algo más que el cambio de sentimientos; pero ¿qué sería ello? Algo malo sospechaba, pero nada se precisaba en su espíritu.

Por la noche, cuando se encontraba sola en su estancia, interrogaba á su conciencia. Veníanle á la memoria recuerdos religiosos. ¿No estaba casada con el Sr. Mauger, y ante el sacerdote que los había unido no había jurado ella fidelidad á su esposo acep-

tando libremente el juramento? ¿No era ser ya infiel dejarse querer de otro?

La vigilancia de Leonardo, que con frecuencia interrumpía sus conversaciones con el doctor, la asustaba y contribuía á aumentar su turbación. Era preciso que ella estuviera en peligro para que Leonardo velara por ella con cuidado tan solícito. ¿Es decir, que Quesnel que pretendía amarla?..

Todos aquellos pensamientos, todas aquellas dudas que la acometían y se barajaban confusamente en su cerebro, influían en su carácter. Siempre del mismo humor, un tanto alegre, habíase trocado en triste y taciturna. Sin disminuir, precisamente, en solicitud y abnegación para con su esposo, era menos constante en su cuidado: se plegaba con menos docilidad á los caprichos del enfermo, y á veces llegaba el caso de demostrárselo con su nerviosidad ó con algún brusco movimiento de impaciencia, cuando tan dulce era ordinariamente.

Mauger no había dejado de observar aquel cambio y sufría horriblemente, atribuyéndolo al fastidio que producía en Marta la obligación de cuidarlo. Presentía el disgusto que debía sufrir al verse joven y obligada á vivir con un anciano impotente. Se inquietaba por sí con el egoísmo propio de los que sufren, temiendo perder de un solo golpe á aquella niña á quien tanto quería y á su enfermera; pero se hallaba muy distante de suponer la verdad.

Un día, después de su acostumbrada visita, Quesnel, seguido de Marta que lo acompañaba como siempre hasta el final de la escalera, repetía á la joven en tierno cuchicheo las palabras mágicas ya mil veces dichas y sin embargo siempre encantadoras: «La amo á usted con toda mi alma.»

La joven lo escuchaba, aparentemente distraída, ocultando, bajo una calma ficticia, la turbación deliciosa que hacía palpar su corazón.

Casi inconscientemente, con objeto de prolongar la conversación, Marta bajó las gradas de la escalinata del jardín y tomó, con el médico, la gran avenida que rodeaba la explanada cubierta de hierba fina, hasta la puerta de entrada: ambos marchaban lentamente el uno al lado del otro, ella con la cabeza inclinada y con los ojos obstinadamente fijos en el suelo, él, inclinado hacia ella espíandola, tratando de sorprender el efecto de sus palabras.

Junto á la ventana, adonde se había hecho trasladar tan pronto como se marchó el doctor, el señor Mauger seguía á los paseantes con la vista. Nada escapaba á sus miradas, ni la actitud soñadora de Marta, ni la elocuencia de los ademanes insinuantes de Quesnel. Todo lo comprendió. Sus facciones se contrajeron dolorosamente.

Explicóse, con la clarividencia de los celos, los cambios constantes de su mujer, y el primer sentimiento que le inspiró aquel descubrimiento fué un fuerte movimiento de cólera.

¡Cómo, aquella que había recogido, que él había sacado de la miseria y á la cual había dado su nombre, lo estaba engañando! Se aprovechaba de la circunstancia de que no podía él vigilarla por estar enfermo, para... ¡Oh, no! Nunca hubiera creído él en semejante infamia. ¡Bah! Su niña era una mujer tan mala como las demás... Y en verdad que no era más que una niña. ¡Tan joven, tan falta de experiencia y tan culpable ya!.. No: era indudable que bastaría advertirla, que bastaría ponerla en guardia contra las asechanzas del seductor, con hacer un llamamiento á su corazón, á su cariño, para preservarla del mal. Esto era lo que correspondía hacer á un padre, y puesto que Marta era su hija...

Al separarse del doctor en la puerta de la calle, Marta levantó la cabeza, vió á su marido junto á la ventana y se puso encarnada al pensar que tal vez hubiera adivinado el objeto de su conversación con Quesnel; pero al ver que el enfermo sonreía y le hacía señas de que subiera y se acercase á él, se disiparon sus temores.

Subió, pues, con ligereza y corriendo los anchos escalones de piedra.

Marta no era hermosa: su traje, de corte provinciano, que llevaba con la falta de soltura de una colegiala que vistiera de largo por primera vez, dibujaba un busto demasiado escueto, una garganta de niña y hombros nada amplios. Sus ademanes denunciaban una torpeza tímida que le restaba la gracia que tenía: sus cabellos negros y estirados descubrían una frente demasiado ancha sobre pobladas cejas; pero sus ojos eran admirables, por lo grandes, lo negros y lo profundos: tenía los dientes muy blancos, la boca pequeña; los labios bien dibujados, carnosos y encendidos, y la nariz fina, de alas móviles.

Animada por la carrera, algo inquieta á pesar del aspecto sonriente de su marido, con las mejillas más encarnadas que de costumbre, á Mauger le pareció

bonita, y después de examinarla unos instantes, le dijo de pronto:

—¿Sabes, mi querida niña, que estás hoy arrebatadora?

—¿Nada más que hoy?, replicó Marta, á la que aquel cumplido inesperado y raro puso alegre.

—El paseito te ha sentado bien, prosiguió el anciano mirando con fijeza á Marta.

Esta tomó su labor con objeto de ocultar su turbación y fué á sentarse á alguna distancia del enfermo. Hubo unos instantes de silencio.

Mauger pareció reconcentrarse en sí mismo, y luego dijo bruscamente:

—Ven á mi lado, Marta.

La joven obedeció.

—Mi querida niña, dijo el anciano con voz temblorosa, haciendo visibles esfuerzos para que resultara firme, aunque tan dulce y paternal como le fuera dable al mismo tiempo. Mi querida niña, ¿por qué no me otorgas más confianza? Tienes una contrariedad, un enojo, un pesar, algo, en fin, que me estás ocultando.

—Te aseguro que te engañas, contestó Marta con timidez; no tengo nada, absolutamente nada.

—¿Por qué vacilas en dirigirte á mí?, continuó el anciano insistiendo; sin embargo, no ignoras lo mucho que te quiero, tanto por ti misma, cuanto por los solícitos cuidados que me prodigas.

—¿Pero qué quieres que tenga? Me quieres, nada me falta, ¿no soy perfectamente dichosa?

—No, mi querida niña. No eres la misma de algún tiempo á esta parte: va desapareciendo en ti aquella alegría que proyectaba rayos de luz sobre los últimos días de mi existencia y que calmaba mis sufrimientos. Tienes horas de profunda tristeza que comprendo y que me afectan profundamente, porque me reprendo á mí mismo ser la causa de ella. A veces tengo algo así como un remordimiento de haberme condenado á la vida que llevas.

—Pues yo te juro que mi mayor alegría es la de consagrarte todos mis instantes, replicó Marta.

Y en aquel momento hablaba con sinceridad. Ante el pesar de aquel anciano que casi se humillaba ante ella, desaparecía todo otro sentimiento que no fuera el afecto real que ella le profesaba: no pensaba en Quesnel ni en las dulces palabras que éste había deslizado en sus oídos.

—Quisiera creerte, replicó Mauger; pero si es como dices, tu tedio reconoce otra causa, y como te niegas á confiármela, yo te la voy á decir.

Marta inclinó la cabeza convencida de que su marido lo sabía todo.

—Ante todo, querida niña, no tomes á mala parte mis palabras. Es tu segundo padre quien te habla en estos momentos, y no el fantasma de tu marido, como por desgracia soy.

Mauger se detuvo un segundo, y luego prosiguió.

—Desde que me aflige esta enfermedad, las circunstancias hacen que te encuentres con frecuencia con el doctor Quesnel: es joven y guapo, y soy el primero en reconocerlo así. Al verte sin experiencia, y quizá también sin otro defensor que un viejo paralítico, te hace la corte, y tú escuchas sus discursos. ¿No es esto verdad?

Marta no respondió.

—No te reprendo nada, nada te censuro. Comprendo que á tu edad sea muy difícil cerrar los oídos á las palabras amorosas y rechazar las promesas de satisfacciones y de felicidad; pero el no cerrarlos es un peligro contra el cual quiero, es más, debo poner en guardia á tu ignorancia. ¿Te has preguntado alguna vez cuáles pueden ser las intenciones de Quesnel para contigo? No, ¿no es cierto? Pues bien, no pueden ser más que dos clases: ó quiere hacer de ti su amante...

Marta quiso protestar de aquella palabra que hería su pudor por las imágenes que evocaba, pero Mauger no le dió tiempo para ello.

—No me interrumpas, niña mía. Soy quizá brutal, pero mi experiencia tiene el deber de abrirte los ojos... O Quesnel quiere hacer de ti su amante, ó, especulando con mi próxima muerte, medita casarse contigo cuando seas viuda, sea porque en verdad te quiera, sea porque confía en que yo te dejaré el todo ó parte de mi fortuna... Si tú condescendieras con sus deseos, si te entregases á él, además de la falta que cometerías con ello, destruirías tu vida encadenando tu existencia con la de un hombre á quien apenas conoces y de quien ignoras los proyectos... No hablo del disgusto que me darías: ya te lo he dicho; me consideraría como el autor involuntario, pero responsable, de tu pérdida al condenarte á vivir casi como en un claustro, al lado de un viejo impotente.

Su voz se ahogaba en su garganta y tuvo que callarse con los labios trémulos y sollozando.

Marta no pensaba en interrumpirle. Permanecía aterrada y agitada por pensamientos diversos: estaba admirada de que su esposo hubiera podido leer tan claramente en su corazón y conocer sentimientos que ella misma no sospechaba sino confusamente. Sentíase conmovida de las palabras afectuosas de su marido, pero al mismo tiempo herida por el juicio que le merecía Quesnel y por las sospechas injuriosas y gratuitas que había concebido contra el médico, de que algo le parecía que recaía sobre ella. ¿Por qué el anciano no la acusaba á ella también de desear su muerte y de especular con su próxima herencia?

Mauger la observaba en silencio: unos instantes después preguntó con suplicante tristeza:

—¿No me dices nada? ¿Te has ofendido por lo que te he dicho?

Marta levantó la cabeza: sus cejas, que se habían juntado, marcaban en su frente una barra hostil. La joven respondió con sequedad:

—Me habías rogado que no te interrumpiera, y no he hecho más que obedecerte... Me conmueven tus consejos, pero ten la seguridad de que son inútiles: no he concebido hacia el doctor Quesnel los sentimientos que me atribuyes, y si los concibiera, sabría defenderme contra todo arrebató. Además de la gratitud que te debo, estimo en mucho mi dignidad para no rebajarme á ser... lo que has dicho hace poco.

Se guardó mucho de hacer alusión alguna á las acusaciones lanzadas contra Quesnel, á los bajos cálculos que Mauger le atribuía. Hubiera creído fomentar las sospechas de su esposo al tomar la defensa del doctor, porque, en aquel momento, conocía que le amaba, que era el primero que había hecho vibrar su corazón; y era su marido quien, sin sospecharlo, la había iluminado acerca de aquellos sentimientos hasta entonces confusos en ella.

Mauger no se acertaba á dar cuenta de la firmeza con que Marta le había contestado. Tímida de ordinario, se había expresado en términos enérgicos, casi colérica. Aquel era sin duda el indicio de una inocencia que había cometido el error de desconocer.

De ser más psicólogo, hubiera comprendido que la energía de Marta provenía de una causa diferente y más sutil. Una mujer, por joven y sencilla que sea, no permite que se ataquen sus quimeras ni al hombre á quien ama ó á quien cree amar. Hay otra cosa que no perdona nunca: haberse dejado adivinar.

El anciano, deseoso de congraciarse otra vez con Marta, le dijo con ternura:

—Vamos, dame un beso, y no hablemos más de esas tonterías que bullen en mi cerebro.

Marta consintió en ello de buena voluntad, y luego, volviendo á emprender su labor interrumpida, se absorbió en sus reflexiones.

Acosábala una idea fija: habían puesto sobre aviso al Sr. Mauger: habíanle hablado de sus conversaciones con el doctor; pero ¿quién? Un solo nombre acudió inmediatamente á su espíritu. ¡Leonardo! Sí, Leonardo era quien había advertido al anciano; Leonardo era quien la vigilaba de cerca, quien la espía según había observado ella, quien surgía de pronto siempre que sus conversaciones con Quesnel tomaban carácter más íntimo... Es decir, que todos se conjuraban contra ella, que todos los habitantes de la casa se coligaban contra su dicha, todos perseguían, todos acosaban su amor inocente, su único consuelo. ¡Cuán desgraciada era!

Sus ojos se llenaron de lágrimas y en su garganta comprimió un sollozo.

—¿Qué tienes niña, mía?, le preguntó Mauger pesados. ¿Te he apesadumbrado hasta ese punto?

Marta no pudo contestar: las lágrimas la ahogaban, y después de todo, ¿qué decir? ¿Confesar que amaba á Quesnel y el dolor que sentía al pensar solamente que en lo sucesivo no debería él hablarle ya de amor ni consentir ella que sus oídos escucharan el murmullo de aquellas palabras, siempre las mismas, pero siempre tan dulces, que la encantaban y la asustaban á la vez?..

—No es nada, articuló con trabajo; me encuentro nerviosa y fatigada.

—Vete á descansar, querida niña: también voy yo á tratar de dormir: si algo necesito, ya llamaré con el timbre á Leonardo.

Marta no se hizo de rogar, y se retiró á su habitación. En el corredor se cruzó con Leonardo; éste, al notar sus ojos enrojecidos, le preguntó con solicitud un tanto ruda:

—¿Qué tiene usted, señora Marta? ¿Es que el señor?..

—Tú debes saberlo bien, repuso Marta con sequedad cerrando de golpe la puerta de su habitación.

Después de un instante de silenciosa meditación, Leonardo se alejó refunfuñando.

Si Leonardo se felicitaba de haber aconsejado á Marta que se casara con Mauger por los beneficios materiales que á ella le producía aquel matrimonio, comenzaba á acusarla de formar cálculos egoístas, sobre todo, desde que el anciano cayó enfermo. Comprendía entonces que Mauger, con el pretexto de hacer una buena acción, se había casado con Marta únicamente para granjearse una enfermera. Convencido de que la joven estaba disgustada de su posición, temía que lo hiciera á él responsable de ella.

El mal humor de Marta al cerrar de golpe la puerta lo confirmó en sus temores, y su resentimiento recayó sobre el Sr. Mauger.

V

Todas las mañanas, mientras que Leonardo levantaba al Sr. Mauger y le hacía el cuarto, Marta bajaba á reunirse con Virginia para darle órdenes respecto á las comidas y regular las cosas de la casa. Luego, cuando el tiempo era bueno, daba una vuelta por el jardín.

Esta era su hora de recreo, antes de empezar su guardia junto al enfermo, guardia que duraba hasta la noche.

En aquellas deliciosas mañanas de primavera, Marta gozaba extremo placer en ir por las grandes avenidas finamente enarenadas, en donde el rastrillo había trazado sus mil rayitas paralelas. Sentíase viva y con el pecho dilatado. Marchaba de prisa, experimentando deliciosa sensación al moverse en medio de aquel ambiente fresco que la saturaba y volvía la calma á su espíritu, fatigado por una larga noche de insomnio.

El aire embalsamaba: las gotas de rocío, semejantes á centelleante pedrería, brillaban sobre las hojas.

Al ahuyentarse las sombras desaparecen las tristezas.

Marta estaba casi alegre. Las resoluciones que tan terribles le habían parecido mientras que se agitaba en el lecho llamando al sueño en vano, la asustaban menos ahora. El gran pesar que había tenido ante la idea de lo que ella denominaba su «ruptura» con Quesnel, le parecía entonces exagerado, casi ridículo.

Llegaba á persuadirse de que no amaba al doctor, de que no lo había amado nunca, y estaba herida en lo más profundo de su alma de que él hubiera pensado en hacerla su amante. En aquella palabra, pronunciada brutalmente por Mauger, que ella se había repetido mil veces con enojo sin comprender bien el sentido, presentía algo de vergonzoso, que hacía germinar en ella fierezas innatas y que mataba el amor en su corazón ignorante y casto.

Después, y por contraposición, se sentía embargada de una imperiosa necesidad de abnegación hacia su marido, de un deseo vivo de demostrarle su gratitud con los cuidados más tiernos y con más solicitud que nunca.

En un arrebató súbito, quiso subir á la habitación del enfermo inmediatamente, por más que sabía que á aquella hora no consentía ordinariamente en recibirla.

Había llegado á lo más recóndito del jardín, á un sitio en que las lilas y los grandes arbustos formaban toldo.

Era el sitio á que acostumbraba ir con su es-

posó en el verano á pasar las horas más calurosas del día.

El demasiado fresco que sintió allí la decidió á volver á la descubierta avenida. En el momento en que iba á salir de allí, se encontró de manos á boca con el doctor Quesnel.

Al verlo dió un paso atrás.

—¿Le sorprende á usted mi presencia á esta hora?, dijo el médico inclinándose.



Marta se enderezó con viveza y rechazó á Quesnel

—Sí, señor: no tiene usted la costumbre de visitarnos tan temprano.

—Un asunto imprevisto me impedirá venir esta tarde, y como sé que el Sr. Mauger se impacientaría si no me viese, he tomado el partido de adelantar la hora.

—Voy á prevenir de ello á mi esposo.

Marta dió algunos pasos en dirección á la casa. Quesnel la detuvo.

—¡Por favor, un instante!, dijo en tono de ruego. Deje usted que me aproveche de la feliz casualidad que me permite encontrarme á solas con usted. ¡Es una casualidad tan rara!

Marta vaciló. Era indudable que su esposo ignoraba la presencia del médico allí. Quizá le conviniera á ella aprovechar aquella ocasión para romper con Quesnel, para explicarse de una vez para siempre los sentimientos de él para con ella, y para quitarle la esperanza de verse nunca correspondido.

La indecisión de Marta no pasó inadvertida para el doctor, el cual dijo:

—Es de absoluta necesidad que usted me escuche. ¡Por favor, tenga usted piedad de mí! Va en ello mi felicidad, va en ello mi vida.

—Cállese usted, caballero: ni le permito á usted que me hable así, ni lo creo á usted.

—¡Que no me cree usted! ¡Que no cree usted que la amo, que la adoro!.. ¿Por qué me dice usted eso, Marta? ¿Ha querido usted ponerme á prueba, no es verdad? ¿Por qué ha de negar usted mi amor cuando yo sé que usted cree en él y que le corresponde?

—Desengáñese usted, caballero, repuso Marta con frialdad, muy serena y muy dueña de sí misma. Yo no lo amo á usted y me ofenden sus declaraciones. He hecho mal en darle oídos hasta ahora. Des-

de el primer día he debido imponer á usted silencio y prevenir de ello á mi marido.

—¡Que yo la ofendo á usted!, murmuró Quesnel, desconcertado por el tono firme de Marta.

—Sí, me ofende usted... ¿Qué es lo que usted espera de mí? ¿Qué me pediría usted si yo fuese tan loca que me dejara persuadir de sus palabras? ¡Que fuese su amante!

Quesnel permaneció algún tiempo sin contestar: aquel cambio brusco, aquella defensa enérgica, lo habían despedido.

¿Quién había tomado por su cuenta despertar las sospechas de Marta, ponerla en guardia y disipar la inocente sencillez que el día antes había notado aún en ella?

Rehízose en seguida y tomó el partido de simular indignación.

—¡Mi amante!, exclamó. ¿Cómo ha podido usted pensar semejante cosa, Marta? ¡Usted á quien honro lo mismo que á una santa; usted, cuya imagen no se ha mezclado nunca en mi imaginación con un pensamiento impuro; atribuirme usted semejantes designios! ¿Es posible que tan mal me conozca usted?.. Pero no: semejante idea no es suya, se la han sugerido á usted para aniquilarme en su pensamiento, para desligarla de mí.

—Y aun cuando así fuera, ¿qué?, exclamó Marta.

«Henos ya en el terreno», pensó Quesnel, felicitándose de haber provocado en la joven aquella confesión.

Marta continuó:

—¿Qué importa que me hayan abierto los ojos respecto á

usted, que me hayan demostrado que al ceder á sus ruegos no haría otra cosa que perderme, que enganar al hombre honrado á quien lo debo todo, que me salvó de la miseria cuando me encontraba sola y sin recursos, que me dió su honrado nombre, á mí, la hija de un suicida?

Marta pronunció aquellas palabras precipitadamente, como una lección aprendida de memoria, de la cual se tiene prisa en descargarse.

Quesnel adoptó la actitud del hombre abrumado, y repuso, dando á su voz las inflexiones más dulces y poniendo en ella toda la persuasión posible:

—Marta: la han engañado á usted, y los que le han dicho que yo trataba de cometer una mala acción, no conocen, no pueden conocer, lo que yo la amo á usted. Sin embargo, han conseguido, celosos sin duda de mi dicha, perderme en el concepto de usted... ¡Pobre amor inocente que yo guardaba como preciado tesoro, como una flor delicada, en el secreto jardín de mi corazón!.. ¿Acaso no es posible amar sin pensar en el materialismo de los placeres? Dos almas un poco elevadas que se comprendan, ¿no pueden vivir en una intimidad perfecta, fraternal, absoluta y exenta de amargura sin que un pensamiento malsano venga á atormentarlas nunca? ¿Le he pedido yo á usted otra cosa, Marta, que corresponder á mi ternura y participar conmigo de la rara felicidad de amar y de ser amada?

Marta se sentía vacilante, reconquistada contra su voluntad por el encanto hechicero de aquella voz cuyas ondas la envolvían como una caricia, y protestó débilmente.

—¡Pero si yo no tengo el derecho de amarlo á usted, si no lo amo!..

(Se continuará.)

LA CARICATURA EN ESPAÑA.—TUR.—KARIKATO.—CILLA

TUR

Tur ha recorrido medio mundo, y en Filipinas, en tiempos que aquello nos pertenecía, enseñó á mucha gente á dibujar bien y con gusto. Regresó á España y sus trabajos muéstranse por todas las Revistas. Es un inventor también, puesto que ha llevado, con procedimientos ingeniosos, la caricatura al cristal. Y esto creo que es lo que más le ha producido. Con buen acuerdo buscó en su arte, que él interpreta con elegancia y sin imitar á ningún otro artista, mayores horizontes, donde la competencia fuese menor y la originalidad más grande. Decoró con dibujos en el cristal uno, dos, tres establecimientos de Madrid. ¿Pero es que en el honrado comercio de esta corte hay muchas personas de gusto que quieran atraer clientela gastándose algunos miles de pesetas en exponer bien sus géneros? ¿No hay delito, ni habrá



VICENTE TUR

disgusto alguno por parte ajena, si nos atrevemos á confesar que en esto, como en todo, se sigue la tradición?..

Y no es suficiente, por lo visto ya, que viajen algu-



PINTURA: ¡Qué miniatura!

nas personas y visiten capitales de Europa donde todos los días se transforman los comercios, acicalándolos, vistiéndolos de nuevo con modernos trajes, igual que á las personas, sin que los dueños se detengan para nada en lo que el cambio necesario costará.

De Madrid partió á Barcelona Tur en busca de más gusto, creo yo, que en la corte.

No abandona, sin embargo, sus caricaturas en periódicos, y casi todas las semanas, al abrir una Revista de aquí ó de allá, veo yo un «mono» ó dos del antiguo amigo Tur, caricatura que acojo con simpatía. Y siempre los sencillos y modestos trazos del trabajo del joven artista traen á mi memoria, en añoranza, toda nuestra dulce, querida, imborrable bohemia de años que murieron, de aquellos tiempos en los que conocimos, como una prolongación ó apéndice de Tur, á la india Lao, traída de Oceanía, sombra terrible de editores y cajeros, y hada bienhechora, doncella y cobradora del artista. En todas las redacciones ya conocían á Lao. La primera vez presentábase humilde con un envoltorio entre sus manos lleno de dibujos del «amito.» Los dejaba y á las cuarenta y ocho horas volvía; pero ya menos sumisa y con el recibo para el cobro. Si no había dinero—cosa sensible que ocurre muchas veces en algunas

Revistas—no sin protestar marchábase Lao; pero no para siempre, como alguien deseaba. Pasada una sola fecha veíamos de nuevo á la sirvienta de Tur... constituida en la sombra del cajero ó del director.



KARIKATO

Y no había más camino que pagarla siempre. ¡Lao y Tur!.. Para mí eran los dos como una sola personalidad bien completa y muy digna de imitarse por todos los artistas.

Yo hoy, al dedicarle al dibujante estas líneas afectuosas, no quiero olvidar á su discreta colaboradora y compañera de bohemia, ya que imagino, y no sé por qué, que á estas fechas la fuerte, temible y antigua sociedad no existe...

KARIKATO

Aunque Villar, que así se llama *Karikato*, fuera un artista detestable, sin pizca de gracia ni gusto, yo le estimaría como hoy le estimo: mucho. Uneme á él una franca y buena amistad, y en él admiró su modestia extremada, su trato exquisito y por último su exacta manera de juzgar y ver las cosas.

Villar es un desapasionado que no cree, dentro de su esfera, ni en él mismo. Y ¡caso insólito!, no critica jamás las obras del prójimo; deja decir á todos, y ya como término de una conversación, de cumplido, al final de ella abre su boca y... ni dice blanco ni negro; todo quedará como estaba al principio.

A *Karikato*, á esta excelente persona, no le saca de sus casillas ni el mismo Mata, otro artista notable que es el hombre que todo lo discute con sana pasión.. para matar el tiempo.



ESCULTURA: ¡Oh, escultural!

Pero Villar, como caricaturista, tiene talento y gracia. ¿Queréis una prueba? Pues recordad que todas las semanas, desde hace diez años, viene ilustrando el artista en el *Nuevo Mundo* la crónica de Taboada.

¡Diez años! ¡Novecientos sesenta y pico de dibujos graciosos siempre!, ¿no es gallarda muestra del ingenio—cuando su fama de día en día aumenta—de un caricaturista?



LOS MUEBLES MODERNISTAS, caricatura de Karikato

Y Taboada, que en estas cosas de gracia verdad, sin tártago, ve mucho—es el primero, el único de nuestros escritores cómicos,—tiene por *Karikato* una notable predilección. Los libros de este escritor excepcional, y ahora aparecerá uno, *Siempre alegres*, como las crónicas del periódico, también van ilustrados por el amigo artista.

La gracia de las obras de Villar no es rebuscada, y esto se observa fácilmente en todos sus dibujos, de los cuales algunos son profundas caricaturas de nuestras malas y caducas costumbres. Las niñas cursis, los pollitos hueros, los padres presuntuosos y ridículos, todo lo habréis visto bien representado en las láminas compuestas por Villar, que une á su modestia un talento clarísimo.



ARQUITECTURA: ¡Monumental! (Caricaturas de V. Tur.)

CILLA

Aquí está Cilla. Los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA conocen desde hace tiempo sus trabajos. Publicamos hoy su retrato.



CILLA

Cilla es un amable burgués; todo en su casa y vida lo demuestra. Pero este burgués en otro tiempo, hace unos lustros, tuvo que trabajar sin descanso para todas las Revistas que en España se publicaban. Entonces, cuando el *Madrid Cómico* era popular, el redactor artístico de este semanario alcanzó una fama enorme, única; y de ella vive.

Ganó también, según él confiesa, unos quince mil duros, que aumentados después con negocios de Bolsa y herencias de familia, han sido la primera piedra y constituyen hoy base de la felicidad de este simpático artista.

¿Sus dibujos? ¿Quién no los recuerda? Cilla tiene en su magín seis u ocho tipos siempre iguales que á



- Ayer en el teatro, hermosa Blasa, que estabas superior, porque era moda, lo que más me gustó fue *Amar que pasa*. - Yo prefiero *Los dulces de la boda*



Sólo habrá en el teatro tonterías, hasta que pongan las comedias mías



Al buen don Justo Garrido los dramas nunca han podido producir honda emoción porque se queda dormido al empezar la función



Función de gran variedad que hace el viento impetuoso, primero *La Tempestad*, después *La Casa del oso*



Nemesio Fernandez, alias Pocalacha, va todos los días que se representa á ver *La Borracha*



- La mujer de Calínez y su primo Pepe están aprendiendo á montar en bicicleta y piensan hacer una excursión en *tandem* á cualquier pueblito inmediato. - Verás cómo se van á caer. - No; quien se va á caer es Calínez.



Pedro, Juan y Marcelino, tres accésit de belleza de un concurso masculino.

CARICATURAS DE CILLA

todos nos interesan mucho: el cesante, el maestro de escuela que poco á poco va cobrando sus débitos, el torero, la chula, la vieja, el señorito almidonado... Y no hay más. El dibujante los ha llevado á las planas

de los periódicos con gracia y con todos los detalles bien concluidos... Un público numeroso y bueno los ha aplaudido. Estimemos á Cilla...

MANUEL CARRETERO.

DICCIONARIO DE LAS LENGÜAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS
 Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. - Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes, idiotismos, el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. - Cuatro tomos: 55 pesetas.
 Montaner y Simón, editores. - Aragon, 309 y 311. Barcelona

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano
 Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.
 Montaner y Simón, editores. - Calle de Aragon, núms. 808-811, Barcelona

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Rambla de Cataluña, 14, entresuelo, Barcelona

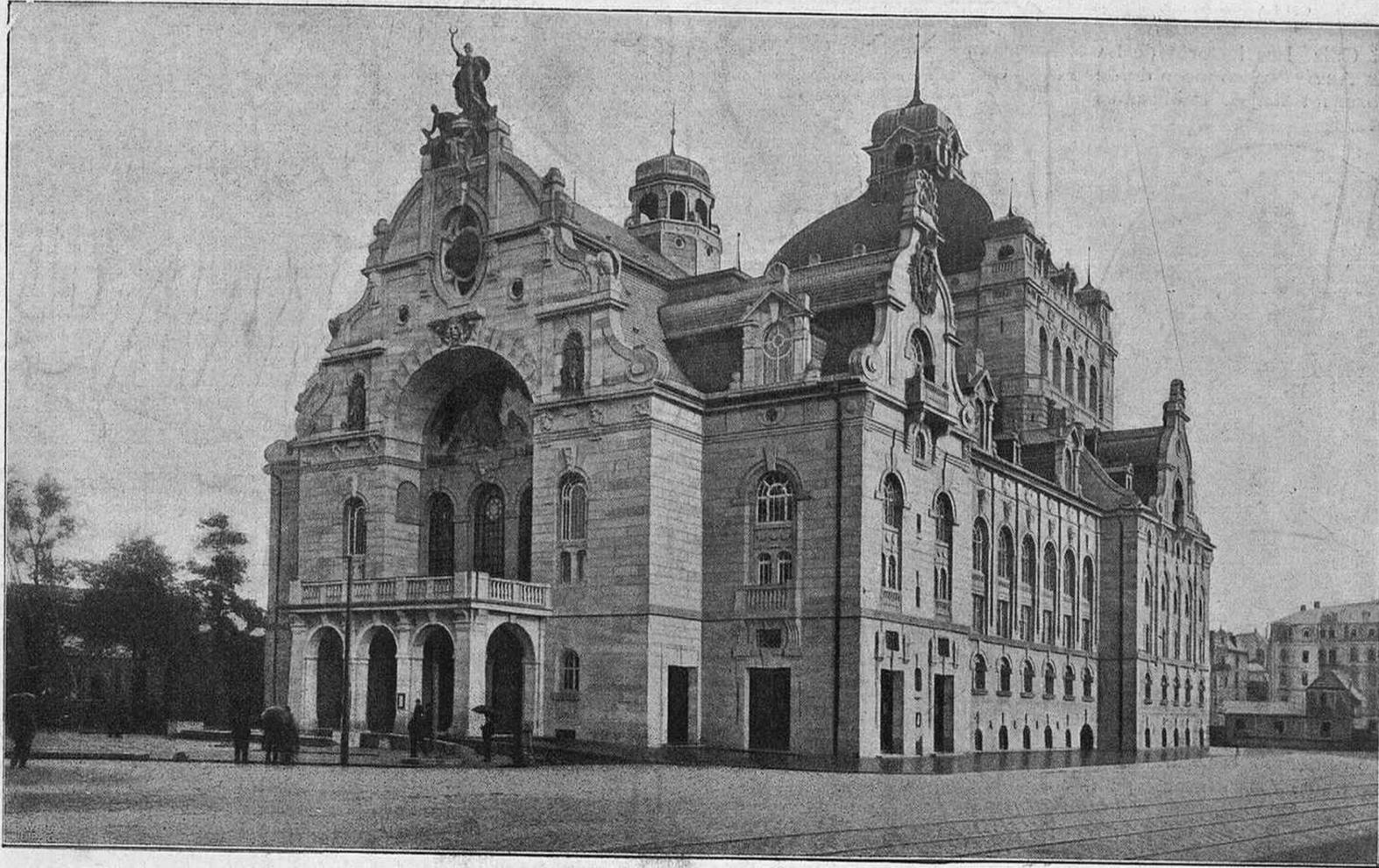
Dentición
JARABE DELABARRE
 Jarabe sin narcótico.
 Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
 EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
 FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París,
 Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
 SOBERANO contra
ASMA
 CATARRO, OPRESIÓN
 y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
 30 AÑOS DE BUEN EXITO
 MEDALLAS ORO y PLATA.
 MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
 Célebre Depurativo Vegetal
 EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
 Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
 Sucesor de BOYVEAU-LAFFECTEUR.
 Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigir la Firma **WLINSI**.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES el VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.



EL NUEVO TEATRO MUNICIPAL DE NUREMBERG, CONSTRUÍDO POR EL ARQUITECTO BERLINÉS ENRIQUE SEELING

Este nuevo teatro es digno, según puede verse en el grabado, de la ciudad que fué cuna de los célebres *Meistersänger*. Grandioso y elegante en su conjunto, contiene en sus fachadas detalles artísticos de gran valía, mosaicos, relieves, estatuas, grupos escultóricos, debidos á los más famosos artistas y que representan escenas ó personajes de obras de Wagner; homenaje debido al gran maestro que ha glorificado Nuremberg en una de sus más hermosas partituras. Interiormente, ofrece todas las comodidades, sobresaliendo por su riqueza y buen gusto el vestíbulo y la sala de espectáculos. El escenario, que cierra un hermoso telón de boca, está dotado de todos los adelantos de la escenografía moderna. El coste del teatro ha sido de 3.700.000 marcos (4.625.000 pesetas). Nuremberg, según el último censo, tiene una población de 261.081 almas. Compárense estas dos cifras entre sí; hágase luego la comparación con otras capitales, que no hemos de nombrar, y sáquense las consecuencias, que son bien tristes para el arte en primer término y de rechazo para otras muchas cosas, ya que en las grandes urbes todo cuanto significa cultura y progreso suele estar á la misma altura.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 AÑOS de éxito.

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

INFLUENZA ★ **RACHITIS**
ANEMIA ★ **CLOROSIS**

VINO
AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

PRECIO 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARCOSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.

Pose y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Co. B^{is}-St-Denis, 48

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
 LOS VERDADEROS Y EFICACES
 PRODUCTOS BLANCARD

PILULE
de BLANCARD

ANEMIA
 COLORES PÁLIDOS
 EMPOBRECIMIENTO
 de la SANGRE
 Escrófulas, etc.

APROBADAS por la
 Academia de
 MEDICINA

al IODURO de HIERRO
 INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, Paris

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*; el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Historia general del Arte

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Gléptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edicion es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS **JORET-HONGHE**

CURA
 LOS DOLORS, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS

F^{ie} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN